

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

ROSAS PARA
UNA
TUMBA VACIA

**Clark
Carrados**



La mujer estaba junto a la tumba, mientras un par de hombres la contemplaban respetuosamente a poca distancia. Ella era alta, delgada, con el pelo completamente blanco, y vestía ropajes negros de los pies a la cabeza. El rostro estaba cubierto por un velo negro, que formaba parte del sombrero con que completaba su tocado.

En las manos sostenía un gran ramo de rosas rojas. Permanecía rígida, inmóvil como una estatua, sin que ninguno de los dos hombres pudiera apreciar si había lágrimas en unos ojos que, indudablemente, habían sido muy bellos años antes.

El ramo de flores estaba sujeto por una gran cinta roja. De pronto, la mujer deshizo el lazo y dejó caer las rosas sobre la sepultura. Luego se volvió hacia los dos hombres.



Clark Carrados

Rosas para una tumba vacía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1706

ePub r1.0

Lds 27.02.19

Título original: *Rosas para una tumba vacía*

Clark Carrados, 1983

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La mujer estaba junto a la tumba, mientras un par de hombres la contemplaban respetuosamente a poca distancia. Ella era alta, delgada, con el pelo completamente blanco, y vestía ropajes negros de los pies a la cabeza. El rostro estaba cubierto por un velo negro, que formaba parte del sombrero con que completaba su tocado.

En las manos sostenía un gran ramo de rosas rojas. Permanecía rígida, inmóvil como una estatua, sin que ninguno de los dos hombres pudiera apreciar si había lágrimas en unos ojos que, indudablemente, habían sido muy bellos años antes.

El ramo de flores estaba sujeto por una gran cinta roja. De pronto, la mujer deshizo el lazo y dejó caer las rosas sobre la sepultura. Luego se volvió hacia los dos hombres.

—Vendré mañana —anunció—. Ténganlo todo dispuesto para las diez en punto de la mañana.

—Sí, señora —contestó uno de los dos hombres.

—Me llevaré el ataúd inmediatamente. Ya tengo todo dispuesto para el traslado, incluidos los permisos legales correspondientes.

—Perfectamente, señora Hockmire.

—No quiero insultar a las demás personas que yacen en este cementerio, pero mi hijo debe descansar en el lugar adecuado. Espero que sean puntuales.

—Lo seremos, descuide, señora.

—Muchas gracias, caballeros.

Verna Hockmire echó a andar hacia la parte baja del cementerio. A unos cincuenta pasos aguardaba un coche negro.

El chófer, uniformado, aguardaba en pie junto a la portezuela, que mantenía abierta con una mano.

La señora Hockmire entró en el coche.

—Al hotel. Bernard —ordenó.

—Bien, señora.

Media hora más tarde, despojada en parte de su vestimenta de luto, Verna Hockmire hizo una llamada telefónica:

—¿Señor Flower?

—Lo siento, señora —contestó una voz femenina—. El señor Flower no se encuentra en casa en estos momentos.

—Usted es su secretaria, supongo.

—Oh, no, por Dios; sólo soy la asistenta. Pero si quiere dejarme un recado, se lo daré con mucho gusto.

—Está bien. Dígale que le ha llamado Verna Hockmire y que le aguarda hoy en el hotel Sea Emperor. No se olvide: es muy importante.

—Creo que le dejaré una nota escrita, señora. No sé cuándo regresará el señor Flower...

—Está bien, pero indíquele que es urgente.

—Lo tendré en cuenta, señora.

Verna colgó el teléfono. La puerta de la habitación se abrió en aquel momento y una joven entró sin hacer ruido.

—Perdóneme, señora...

—No te preocupes, muchacha; ya había terminado —dijo la anciana.

—Siento no haber podido ir al cementerio. Tuve esperar a que el encargado de la agencia de transportes llegase a su oficina. No quería dejarle un simple mensaje; prefería hablar directamente con él.

—Has hecho bien, Petra. Mañana, a las diez.

—Sí, señora.

La recién llegada miró con simpatía a la anciana. Aquella era una hermosa muchacha de poco más de veinte años, alta, de cabellos castaños, ojos grises y silueta fina y delicada. Vestía con sencillez y se apreciaba en ella una cierta expresión de energía contenida merced a una poderosa fuerza de voluntad que muy pocos habrían sabido captar, dado su apariencia tranquila y mesurada.

—Siento lo ocurrido, señora.

Verna movió la mano.

—No te preocupes, muchacha —contestó—. Andy tenía que

acabar de la forma tan desastrosa en que acabó. Quizá la culpa fue mía... por no haberle sabido guiar por el buen camino. Fui demasiado blanda con él, demasiado condescendiente; le di todos los caprichos, me plegué siempre a su despótica voluntad, tratando que no fuese herido nunca por los avatares de la vida... Sin darme cuenta acaso de que era un hombre y que debía volar con alas propias.

La fortaleza de la anciana pareció abandonarla de repente y, cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar con amargo llanto.

La muchacha se le acercó y puso una mano en su hombro, pero no dijo nada. Comprendía los motivos de la aflicción de Verna y sabía que era preciso que se desahogase de aquella forma.

Al cabo de un rato, Verna se secó los ojos y alzó la cabeza.

—Perdóname este momento de debilidad, Petra —dijo—. No he podido contenerme.

—Era lógico —contestó la muchacha.

—Pero el que mató a mi pobre Andy tiene que pagarlo —exclamó la anciana rabiosamente—. Hasta ahora, la policía de esta ciudad no ha hecho nada para descubrir al criminal. Bien, sé quién lo conseguirá y estoy dispuesto a que ese canalla pague sus culpas, aunque para ello tenga que gastar entera toda mi fortuna. Espero que el señor Flower sepa corresponder a los informes que tengo de él.

—Sí, el señor Flower encontrará al asesino —concordó la joven.

* * *

En aquellos momentos, Flower, el hombre del que dos mujeres hablaban sin que él lo supiera, caminaba por el parque, siguiendo los pasos de un tipo al que vigilaba desde hacía algún tiempo.

Realmente, el día no era precisamente muy apropiado para pasear por el parque. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Había llovido bastante los días precedentes y los informes meteorológicos no resultaban optimistas sobre la mejoría atmosférica.

El hombre al que vigilaba se detuvo súbitamente junto a un árbol, como si fuese a encender un cigarrillo. Otro hombre se le

acercó y pidió fuego.

Flower sonrió.

—Ya te tengo, granuja —murmuró.

Hubo un rapidísimo intercambio de algo entre los dos hombres. Luego, ambos se separaron, tras unas palabras de cortesía. Flower se dijo que ya había visto bastante y que no era necesario que continuase con la persecución.

Sabía lo que sucedería aquella noche. El seguimiento había tenido como objeto confirmar sus sospechas. Ahora que ya tenía la seguridad de que todo saldría como esperaba, no tenía necesidad de andar tras los pasos del sujeto.

De pronto vio a un hombre sentado en un banco, con la cabeza caída sobre el pecho.

—No está el tiempo como para dormir en el parque —murmuró.

Una pareja de jóvenes se acercaron al banco, charlando y riendo alegremente. El hombre que estaba sentado levantó una mano, como si quisiera llamar su atención. La chica fue a decirle algo, pero el muchacho que la acompañaba tiró de su brazo y se la llevó casi a rastras.

Flower respiró aliviado. El aspecto del hombre no parecía demasiado bueno y, por un momento, había temido que los dos jóvenes le hicieran objeto de alguna broma pesada. Flower comprendía a la juventud, porque él mismo era joven, ya que aún no había cumplido los treinta años, pero había cosas que no se podían consentir.

Por fortuna, no había ocurrido nada. Siguió andando y, de pronto, el hombre volvió a levantar su mano.

Flower se sentó a su lado.

—Parece que no se encuentra, bien —dijo—. ¿Quiere que le lleve a alguna parte, amigo?

—No... es decir, si... pero no lo hará usted... Otros me llevarán a... al cementerio... —contestó el sujeto con voz apenas audible.

Flower soltó una risita.

—¡Je! Tiene usted un humor excelente —dijo.

—Le... le he dicho la verdad, amigo... Me estoy muriendo...

La mano del desconocido se introdujo en el interior de su chaqueta y sacó un sobre bastante grueso, que entregó a Flower.

—Lléveselo a Fanny *la Princesa*... —susurró—. Es muy

importante... que ella lo reciba.

El hombre metió la misma mano en otro bolsillo y sacó un pequeño fajo de billetes.

—Tome... por las molestias... Y... no se olvide... Fanny *la Prince... Princesa...*

Flower tenía el cuerpo rígido. Ahora podía ver perfectamente la mancha de sangre que había en el centro del pecho del desconocido y que había aparecido al desabrocharse la chaqueta.

—Pero, oiga, ¿quién es esa Fanny? ¿Dónde vive? —preguntó Flower atropelladamente.

El otro no le contestó.

Flower le tomó el pulso. Al cabo de unos segundos, se levantó y miró en todas direcciones.

No había nadie en el parque. Empezaba a atardecer y ya caían algunas gotas de lluvia.

El desconocido se le había hecho simpático, pero alguien le había disparado un tiro. Si le encontraban en compañía del cadáver, se vería metido en una serie de líos que no deseaba en absoluto.

—Adiós, amigo —murmuró—. Ya me enteraré de tu nombre y algún día llevaré unas flores a tu tumba —se despidió.

* * *

Cuando desembarcó del coche, frente a su casa, llovía con cierta intensidad. Flower tenía garaje, pero no quería encerrar el coche, porque aquella noche tenía que volver a salir sin falta.

Había un trecho con césped delante de su casa. Cuando se disponía a cruzarlo, oyó una voz tartajosa al otro lado de la calle.

—No te... tema, guapa... Mire, no quiero que se moje esos zapatitos... tan li... lindos... Pi... pise mi impermeable... No... no es una capa de terciopelo... pelo, pe... pe... pero servi... virá...

Flower se volvió para contemplar una escena singular.

En el otro lado, junto a la acera, había un gran charco. Una hermosa muchacha, con impermeable y paraguas, titubeaba en cruzar. El hombre, evidentemente borracho, se había quitado su impermeable, extendiéndolo sobre el charco.

—Va... vamos, gu... guapa; cruce sin mi... sin miedo...

Ella, al fin, se decidió a dejar la acera.

—Muchas gracias, caballero; es usted muy amable.

Saltó de la acera y, en el acto, soltó un chillido, porque se había hundido en un pequeño pozo de agua hasta la cintura.

El borracho rompió en estrepitosas carcajadas, mientras escapaba a todo correr. Flower, por su parte, soltó también el trapo de la risa, aunque inmediatamente se dijo que debía, acudir en socorro de la apurada muchacha.

En cuatro saltos cruzó la calle. Alargó ambas manos y tiró de las muñecas de la joven, izándola a pulso con toda facilidad. Ella gritaba y lloraba al mismo tiempo, pero eran quejas de rabia, por haberse dejado engañar tan fácilmente.

—Ese gracioso sin gracia... Tipo canallesco; me tomó el pelo.

Flower procuró mantenerse sereno. De buena gana se hubiera echado a reír, pero no quería aumentar aún más la aflicción de aquella hermosa joven, que estaba totalmente empapada de la cintura para abajo.

—Ahora tendré que volver al hotel —se lamentó ella—. Y tenía que hablar sin falta con una persona...

—Puede hacerlo desde mi casa —invitó Flower cortésmente—. Está al otro lado de la calle y se secará sin dificultad junto al fuego. Le prestaré una bata y... Le aseguro que mis intenciones son absolutamente honestas, señorita.

La muchacha bajó la vista. A pesar del impermeable, se había sumergido en el agua hasta la cintura y estaba hecha una lástima.

—Algún gracioso quitó la señalización —dijo Flower, adivinando sus pensamientos—. Llamaré a la policía desde casa, para que vengan a reparar el desaguisado cuanto antes; no sea que ocurra alguna desgracia.

Ella le miró un instante y volvió los ojos hacia la casa.

—Es el número tres mil novecientos uno de Pine Road —dijo.

—Sí, en efecto, es el número de mi casa —confirmó él.

—Entonces, usted es Pigmalión Kenneth Flower.

—Exactamente; pero, que yo recuerde, no nos hemos visto nunca. Ignoro de qué me conoce.

—Acabo de conocerle, señor Flower —contestó la muchacha—. Precisamente venía en su busca, en vista de la tardanza suya en contestar al mensaje de la señora Hockmire.

—No he recibido ningún mensaje —respondió Flower,

desconcertado.

—¿Me permite que llame por teléfono a la señora Hockmire? Creo que ella vendrá a su casa y le explicará mejor que yo lo que desea de usted.

—Conforme. Venga conmigo, señorita...

—Marsh; Petra Marsh. Encantada, señor Flower.

—Creo que voy a poder decir que tuve mucho gusto en conocerla un día en que usted se dio un baño involuntario —sonrió el joven, mientras se apoderaba del brazo de la muchacha y la ayudaba a cruzar la calle.

CAPÍTULO II

Verna Hockmire se detuvo en el centro de la sala y contempló con ojos críticos a la muchacha, vestida con unos pantalones cortos que, evidentemente, le estaban grandes, y una camisa que no era suya tampoco. La indumentaria de Petra estaba sobre unas sillas, frente al fuego que ardía alegremente en una chimenea de enorme campana de piedra.

Flower leyó en los ojos de la recién llegada sus pensamientos y se adelantó a dar explicaciones.

—No piense mal, señora Hockmire —dijo—. La señorita Marsh se cayó a un pozo, a causa de la broma pesada que le gastó un borracho. Pero siéntese, por favor.

Verna ocupó un sillón y quedó rígida, erecta, con las manos apoyadas en el bastón con puño de marfil que había traído consigo.

—¿Es verdad eso. Petra? —preguntó.

—Sí, señora. Fui una tonta. El hombre me engañó...

—Está bien, eso no importa ahora, aunque los informes que tengo de nuestro anfitrión y sus infinitos devaneos hacen pensar en lo peor.

—Señora —dijo Flower, poniéndose ambas manos en el pecho—, jamás obtengo nada de una mujer que ella no me otorgue por propia voluntad. Y puedo jurarle que no pagué al borracho para que tendiera la trampa a la señorita Marsh y así atraerla yo a mi casa, y hacerla caer como una cándida paloma en mis brazos de experto conquistador y donjuán sin escrúpulos.

La anciana sonrió ligeramente.

—También me hablaron de su excelente sentido del humor, señor Flower —manifestó—. Por cierto, ¿puedo llamarle por su nombre?

—¡No! —exclamó él vivamente—. Se lo prohíbo terminantemente. Ese nombre es como una losa que pesa perpetuamente sobre mi alma, la bola de hierro atada a la cadena que está sujeta a mi tobillo, la marca grabada a fuego sobre mi piel, como si fuese un ternero destinado al matadero... Llámenme, las dos, simplemente, Kenny.

—Muy bien. Kenny —dijo Verna—. Desde luego, el que le puso el nombre de Pigmalión debía odiarle muchísimo.

—Mi abuelo era un sádico —rió Flower—. Mis padres aceptaron su capricho, pero añadieron el nombre de Kenneth y no usaron jamás el de Pigmalión. Bien, señora Hockmire, ¿en qué puedo servirle?

—Lo primero de todo, tráigame una copa, joven. Estoy sedienta y necesito un trago —contestó la anciana sorprendentemente.

Flower, desconcertado, volvió los ojos hacia Petra. Ella asintió con leve pestañeo y Flower se dispuso a satisfacer los deseos de Verna.

Al cabo de unos instantes. Verna fijó la vista en el rostro del joven.

—Kenny, quiero que encuentre al asesino de mi hijo. No me importa el dinero que gaste: le daré cuanto necesite, más una recompensa de cinco mil dólares, cuando ponga a ese miserable en manos de la justicia —dijo de un tirón.

—Su hijo murió asesinado —murmuró Flower, recordando, sin saber por qué, el encuentro que había tenido aquella tarde en el parque—. ¿Cómo se llamaba?

—Andy, aunque aquí, en esta maldita población, utilizaba el vulgar apellido de Smith. Sospecho que lo mató, o lo hizo asesinar, un tal Lutgard Moorley. ¿Lo ha oído usted nombrar, Kenny?

—¡Lutgard Moorley! —exclamó Flower—. ¿Con esa clase de gente se relacionaba su hijo, señora Hockmire?

Verna se removió inquieta en su asiento.

—No tengo ganas de entrar en explicaciones de por qué mi hijo llegó a relacionarse con unos gángsters —contestó—. Lo único que sé es que él estaba con Moorley y que sospecho que fue éste quien lo asesinó. O simplemente, se limitó a ordenar su asesinato. Encuentre las pruebas y meta a Moorley en la cárcel para el resto de sus días, es cuanto le pido.

Flower meneó la cabeza.

—Muchos lo han intentado y ninguno lo ha conseguido, hasta ahora —dijo—. Moorley es un sujeto de lo más escurridizo que uno se pueda imaginar. No resultará fácil, señora.

—Se dice que hay algunos policías complacientes y que por eso no se han molestado en investigar detenidamente la muerte de mi hijo. De usted sé algunas cosas poco agradables, aunque también me han dicho que es ferozmente honrado en otros aspectos. No me defraude, joven.

—Haré lo que pueda, aunque no me comprometo a nada. Y quizá lleve más tiempo de lo que usted se piensa, señora.

—Aunque tarde cien años... —De pronto. Verna, pareció sentirse desanimada y alargó la mano derecha, con la que aún sostenía su copa—. Llénela de nuevo —pidió—. Dentro de cien años, ¿a quién le importaremos Andy o yo? —agregó con aire pesimista.

Flower cambió una mirada con la muchacha. Petra le dirigió una ligera sonrisa.

—Hágalo —rogó escuetamente.

—Está bien. Investigaré —prometió Flower. Llenó la copa y la puso en manos de la anciana—. Tendrá que dejarme su dirección...

—Petra se encargará de ello. Mañana exhumamos el cadáver de mi hijo. Me lo llevaré a Hockton Plains, en Stheerville. Allí nació hace veintisiete años y allí debe reposar su sueño eterno, en el panteón de la familia.

Verna apuró la copa de un trago y se puso en pie.

—Vístete, Petra; debemos regresar al hotel.

—Sí, señora.

—Se le ha olvidado el látigo, Verna —dijo Flower.

—¿El látigo? —preguntó la anciana, sorprendida.

—Eso es lo que he dicho. ¿Todavía se cree que existe la esclavitud? Usted se mueve por ahí, dando órdenes a diestro y siniestro, como si tuviera poder de vida o muerte sobre las personas —criticó el joven—. Así no llegará muy lejos, se lo aseguro.

Verna le dirigió una airada mirada.

—Eso no es cosa de su incumbencia, Pigmalión. Hago lo que quiero y no tengo que dar explicaciones a nadie. ¿Entendido?

—Si me aguarda cinco minutos, estaré lista para irme con usted, señora —terció Petra, evidentemente para cortar una discusión que

amenazaba con derivar hacia extremos pocos agradables.

Verna abrió el bolso que había traído consigo, sacó un fajo de billetes y lo puso encima de una mesita.

—Cinco mil —anunció—. Esto, sólo para gastos. Si necesita más, pida sin vacilar. Pero encuentre al asesino de Andy. ¿Está claro?

Flower sonrió.

—Verna, si cree que fue Moorley, ¿por qué no va a verle y le ordena que se presente a la policía? Le obedecería sin rechistar, créame.

Una ligera sonrisa apareció en las facciones de la anciana.

—Puede que lo haga —contestó.

Diez minutos más tarde. Flower se había quedado solo.

Con aire pensativo, contempló el fajo de billetes que le había dejado la enérgica Verna Hockmire. Pero no tardó mucho en volver sus pensamientos en otra dirección. Del interior de su chaqueta sacó un sobre y otro fajo de billetes. En éste solamente había diez de veinte dólares.

Contempló el sobre con ojos críticos. ¿Qué había en su interior?

¿Quién era Fanny *la Princesa*?

¿Cómo se llamaba el muerto y por qué le habían asesinado?

Pero, de pronto, recordó que aquella noche tenía algo que hacer y cuya urgencia superaba a la que pudiera existir en los otros dos casos. No en vano había estado persiguiendo a un hombre durante días enteros y ahora no quería que se perdiese el fruto de un trabajo tenaz y, en ocasiones, muy poco agradable.

Guardó el dinero y el sobre en un lugar solamente conocido de él, y empezó a cambiarse de ropa.

* * *

Silenciosamente, el hombre saltó por la ventana de la casa y puso los pies sobre el blando césped. Giró sobre sus talones y, el mismo momento, sintió un dolor intolerable en el cuello y notó que le flaqueaban las piernas.

Cayó de rodillas. Sin embargo, no había perdido el conocimiento y pudo notar la acción de unas manos enguantadas que registraban sus ropajes.

Al cabo de unos instantes. Flower encontró lo que buscaba: una

bolsita de terciopelo, que permitía adivinar al tacto su contenido.

—Buen trabajo. Mike —dijo alegremente.

Mike Grunner, alias el Urraca, se frotaba el cuello con manos poco hábiles.

—Eres tú. Kenny Flower...

—El mismo. Gracias por tu tarea; me has evitado a mí muchas horas de trabajo.

—Era la mejor ocasión de mi vida —sollozó Grunner.

—Será mejor que te dediques a cosas de menor importancia, Mike —aconsejó el joven—. Billeteras en el autobús, bolsos de señora en los supermercados... Pero éste es un bocado demasiado grande para ti.

La bolsa de terciopelo saltó un par de veces en el aire. Flower rió, satisfecho.

—De todas formas, no quiero que lo pierdas todo, Urraca. Gracias por las molestias que te has tomado por mi cuenta.

Un par de billetes de cien dólares revolotearon por el aire y cayeron sobre el césped.

Grunner golpeó el suelo con los puños.

Momentos más tarde se puso en pie.

Flower había desaparecido.

—Me las pagarás, maldito —juró entre dientes, prometiéndose tomar venganza de la derrota sufrida tan inesperada como sorprendentemente.

Media hora más tarde. Flower volcaba la bolsa de terciopelo sobre un trozo de la misma tela, extendido encima de una mesa.

Casi perdió el aliento.

—Dios mío, ¿cómo es posible que haya personas que se porten tan descuidadamente?

Aquel montoncito de piedras preciosas, se dijo, valía al menos un millón.

Las contó: siete diamantes de veinticinco quilates el más pequeño, seis esmeraldas del tamaño de la uña de su pulgar y doce rubíes enormes, como garbanzos. Todas las piedras preciosas estaban talladas y parecía como si el dueño las guardase para engazarlas algún día en una joya que no tendría rival.

Flower estudió la situación unos momentos. Al fin, separó el diamante más pequeño.

—Mi comisión —dijo satisfecho, mientras volvía a guardar las piedras en la bolsa.

Luego se acostó. Al apagar la luz, pensó que resultaría interesante hallarse en el cementerio, al día siguiente, en el momento de la exhumación de los restos de un chico alocado e inexperto, que había tenido la mala suerte de mezclarse con gente de la calaña de Lutgard Moorley.

«Todo su genio no le sirvió de nada cuando tenía que haber apartado a Andy de las malas compañías», pensó el joven, refiriéndose a la autoritaria Verna Hockmire.

* * *

Los operarios terminaron de montar el aparejo y luego sujetaron cuatro cadenas a otros tantos puntos de anclaje practicados en la losa que cubría la sepultura. Al terminar, uno de ellos hizo girar la palanca que movía el pequeño cabrestante.

La losa empezó a subir. Flower sentía ganas de fumar, pero se contuvo por respeto.

Petra estaba junto a la anciana. Una vez quiso sostenerla por un brazo, pero Verna rechazó secamente la ayuda, limitándose a mantener la mano derecha sobre el bastón con puño de marfil.

El molinete chirrió, pero las cadenas resistieron. Al cabo de un minuto, la losa quedó en el aire, a metro y medio sobre la superficie.

Verna adelantó un paso y miró hacia abajo.

«Se desmayará cuando vea el féretro», pensó Flower.

Repentinamente, se oyó un fuerte grito:

—¡La tumba está vacía! —clamó la anciana.

Flower respingó. Petra se puso una mano en la boca.

La anciana no se engañaba. La tumba, efectivamente, estaba vacía.

El encargado de la funeraria que debía hacer el transporte del ataúd estaba allí, junto con un empleado del cementerio. Flower se acercó al segundo.

—¿Está seguro de que era la tumba de Andy Smith? —preguntó.

—Absolutamente —respondió el hombre con gran énfasis—. Es más, yo estuve presente cuando lo enterraron...

—Ah, vio bajar el ataúd a la sepultura.

—Sí, señor: y estoy dispuesto a jurarlo ante un tribunal. No sé qué ha podido suceder, pero, desde luego, la culpa no es nuestra en absoluto, señor.

—Nadie le acusa de algo que ha ocurrido inexplicablemente —contestó Flower.

Esta vez Petra si sostenía a la anciana, que parecía a punto de desmayarse. Flower despidió al hombre de la funeraria.

—Puede marcharse, amigo; ya no le necesitamos.

—He hecho algunos gastos...

—Se le abonarán, no le quepa la menor duda.

Flower se acercó a las dos mujeres. Verna tenía la cara completamente blanca.

—Será mejor que regresen al hotel —indicó—. Señorita Marsh, le sugiero la conveniencia de llamar a un médico, para que atienda a la señora Hockmire.

—Sí, lo haré inmediatamente —prometió la muchacha.

Verna alzó una mano.

—Petra, he cambiado de opinión —manifestó—. Nos quedamos en el hotel.

—Pero, señora...

Los ojos de la anciana se volvieron hacia Flower.

—Me quedaré hasta que haya desenmascarado al criminal que mató a mi hijo y ha hecho desaparecer su cadáver, sin duda para evitar que se encontrasen las pruebas que permitirían condenarlo —concluyó tajantemente.

Flower se inclinó. Era una decisión inobjetable, pensó.

Y, hasta cierto punto, tomada con lógica.

CAPÍTULO III

Entró en su casa y lanzó el impermeable a un lado.

Estaba bastante cansado. Había trotado mucho, yendo de un lado para otro, buscando pistas, sin encontrar nada que valiese la pena.

La dueña de las piedras preciosas se hallaba momentáneamente ausente de la ciudad. Iría a verle cuando regresara.

En cuanto al hombre que le había entregado el sobre para Fanny *la Princesa*... Había leído su nombre en los periódicos. Se llamaba Clay Sefton.

Flower se dispuso a servirse una copa. Había un espejo sobre la consola donde tenía los servicios de licores y vio que la puerta de la casa se abría silenciosamente.

Un hombre entró, con una pistola en la mano. Otro le siguió de inmediato y cerró la puerta.

Flower se volvió. El tipo de la pistola le indicó silencio con un gesto. Luego, con la misma mano, señaló una silla.

El joven obedeció. El otro sujeto se le acercó, con un rollo de cuerda en las manos.

—No le haremos daño, a menos que usted se niegue a cooperar —dijo.

—Todavía no sé qué quieren de mí —contestó Flower.

—Sólo una cosa: el sobre que le dio Sefton para Fanny *la Princesa*.

Flower procuró dominar la sorpresa que le producía aquella respuesta.

—No sé de qué me están hablando —manifestó.

Las cuerdas empezaron a enrollarse alrededor de su cuerpo.

—No queremos discutir —dijo el de la pistola—. Nos

imaginábamos que se negaría a hablar y hemos venido preparados para resolver esa desagradable eventualidad. El joven había sido pillado por sorpresa y no pudo hacer nada. En pocos momentos, quedó absolutamente inmovilizado.

El mismo que le había atado le rasgó la camisa, dejándole el pecho al descubierto.

—Tiene un minuto para decidirse —dijo—. No perderemos más tiempo, señor Flower. —Suponiendo que yo guarde lo que buscan, después de dárselo, me pegarán un tiro— contestó el joven.

—No nos interesa matar a nadie. Sólo queremos el sobre.

—Pero ¿qué diablos contiene ese maldito sobre?

—De modo que reconoce tenerlo en su poder.

—Bueno, ¿y qué? No es suyo...

—Tampoco es de usted.

—A mí me lo dio Sefton para que se lo entregase a una dama que, por cierto, aún ni sé quién es. ¿Pueden decirme quién es Fanny la Princesa?

—Se llevaría usted una sorpresa si lo supiera.

—Bueno, déme la sorpresa.

—Puesto que no le va a entregar el sobre, ¿qué diablos puede importarle la identidad de Fanny?

—Bien mirado, puede que tenga usted razón. ¿Cómo supieron que yo tenía el sobre?

—Alguien le vio, no pregunte más.

—¿Tampoco puedo preguntar quién asesinó a Sefton?

—Lo hicieron Jack y Adela Ryles.

—¿Cómo?

—Sí, una extraña pareja. Marido y mujer, que se ganan la vida «apiolando» a la gente.

—Nunca había oído nada semejante —se asombró el joven.

—El negocio les marcha bien. Tienen más trabajo del que pueden realizar.

—Esa pareja es una plaga bíblica —se escandalizó Flower—. ¿No hay nadie que los contenga?

El de la pistola soltó una risita.

—¿Quién podría sospechar de una pareja que da la sensación de hallarse permanentemente en luna de miel?

—Bueno, tú, creo que ya hemos hablado demasiado. Señor

Flower, vamos a empezar la sesión de tortura. Se lo decimos bien claro; no nos andamos con rodeos para definir las cosas. Tortura, entiéndalo bien.

—¿Cómo lo harán, amigos? —quiso saber el joven.

Los dos sujetos vestían impermeables. El segundo sacó de su bolsillo un rollo de cable conductor, provisto de una clavija de enchufe en un extremo.

En el otro había un aparato que parecía un lápiz grueso, terminado en una punta metálica plateada.

—Un soldador eléctrico —dijo el pistolero, sonriendo perversamente.

—Podríamos hacerlo con un cigarrillo encendido, pero el gasto de tabaco resulta excesivo —añadió el otro.

—Y, a fin de cuentas, el consumo de corriente va por su cuenta.

El rufián enchufó el cable. A los pocos segundos, la punta metálica se puso incandescente.

—Escribiré la pregunta en su pecho, señor Flower. Hable, porque una vez haya empezado a escribir, no pararé hasta haber terminado. ¿Dónde está el sobre?

—¿Letras mayúsculas? —sonrió Flower.

—De dos pulgadas de alto.

El soldador se aproximó a la piel del joven. Flower sintió el ligero calorillo que se desprendía de una punta situada ya a un centímetro de su pecho.

Y, en aquel instante, llamaron a la puerta.

La mano que sostenía el soldador se retiró un instante.

—¿Quién diablos puede ser?

—Abriré y le haré que se quede quieto —dijo el de la pistola.

Retrocedió hasta la puerta, agarró el tirador y abrió. Petra y Verna entraron inmediatamente.

—Kenny, tengo noticias... —empezó a decir la anciana.

—Yo también tengo noticias para usted —sonrió Flower.

* * *

El hombre de la pistola cerró suavemente.

—Lo sentimos tantísimo, señoras, pero no les va a quedar otro remedio que presenciar el espectáculo —dijo.

—Kenny, ¿qué le sucede? —preguntó Verna.

—Me dieron algo para entregar a una dama y lo quieren ellos.

—¿Les pertenece?

—No, señora.

—Entonces, muchachos, lárguense de aquí —ordenó Verna.

Los dos rufianes cambiaron una mirada.

—Bueno, es lo último que me quedaba por oír —dijo el del soldador.

—Tengo una pistola, vieja —gruñó el otro.

Súbitamente, el bastón volteó el aire y se estrelló contra la muñeca del pistolero.

Se oyó un aullido de dolor. El arma saltó por los aires y su dueño se precipitó a recogerla. Actuando con absoluta decisión. Verna le asestó un terrible bastonazo en el cuello, que le hizo dar un salto tremendo antes de caer por tierra.

—¡La pistola, Petra! —gritó la resuelta anciana—. Vamos, tonta, no te quedes ahí como si fueses de piedra...

El otro sujeto tiró el soldador a un lado y metió la mano en el interior de la chaqueta. Verna le apuntó con el bastón como si fuese una escopeta.

—¡Quieto ahí, joven! —dijo—. Esto que tengo en las manos es un bastón-pistola y, aunque sólo dispone de un cartucho, puedo atravesarle las tripas en un instante. Suelte la artillería o tendré que registrarle para saber su nombre y poder grabarlo así en su sepultura.

El hombre se puso pálido. Petra, ya rehecha, corrió hacia él, dando un rodeo, y le quitó un revólver de cañón corto.

Verna movió el bastón.

—¡Largo, miserables!

Los dos sujetos abandonaron la casa. El de la pistola se quejaba sordamente y Verna terminó su labor con un buen estacazo en las posaderas, que le arrancó otro alarido de dolor.

—Señoras, no sé cómo darles las gracias por su oportuna intervención —dijo Flower—. Pero mi agradecimiento se duplicaría si quisieran quitarme las cuerdas que aún me sujetan.

Verna se acercó al joven y le miró fijamente.

—Un hombre como usted, ¿cómo pudo dejarse sorprender de forma tan tonta? —preguntó.

—Todo el mundo está expuesto a cometer errores, Verna, usted incluida.

—Yo nunca me equivoco...

—En estos momentos se equivoca al no querer admitir que también comete errores.

Tuvo uno, el mayor de su vida.

—¿Cuál, si puede saberse, jovencito irrespetuoso?

—La educación de su hijo Andy.

Verna oyó aquellas palabras y se puso pálida. Estuvo callada unos instantes y luego se acercó a una de las ventanas, apoyada en el bastón, para permanecer así, inmóvil en aquella postura.

Petra se acercó al joven y empezó a soltar los nudos.

—No debió haberle dicho una cosa semejante —le reprochó.

—A veces soy un poco suelto de lengua —admitió Flower pesarosamente. Elevó la voz—. ¡Verna, perdóneme; no había mala intención en mis palabras!

La mano izquierda de la anciana se agitó de una forma peculiar.

—Estoy viendo a esos dos tipos. Están discutiendo en el interior del coche. ¿Qué diablos están haciendo?

Repentinamente, se vio brillar un deslumbrante fogonazo. Al mismo tiempo, se oyó una espantosa detonación.

Verna se agachó instintivamente, mientras los cristales de la ventana volaban por todas partes. Petra lanzó un chillido de terror.

—¡El coche ha volado en mil pedazos! —gritó la anciana.

* * *

Había coches de policía y una ambulancia, y las luces de los techos emitían continuos destellos rojos, amarillos y azules. Un coche-bomba lanzaba agua para apagar las llamas. —Nosotros no sabemos nada— dijo Flower, junto a la ventana—. Estábamos charlando de nuestros asuntos y nos sorprendió la explosión. ¿Entendido?

—Descuida, Kenny —respondió Verna—. Por cierto, ¿no hay café en esta casa?

—Yo lo haré —se ofreció Petra.

La muchacha se encaminó hacia la cocina. De repente, Verna lanzó una exclamación.

—¡Desvergonzados!

—¿Qué pasa? —preguntó Flower.

—Esa pareja... Dos hombres acaban de morir y ellos, ahí, besándose como si estuviesen rodando una película «porno».

—¿Ha visto usted alguna? —sonrió el joven.

—¿Por quién me tomas, Kenny? —contestó ella, indignada.

Flower se acercó a la ventana. La pareja mencionada por Verna se alejaba en aquel instante, estrechamente enlazados por las cinturas respectivas.

—La juventud de hoy no tiene respeto a nada, ni siquiera a la muerte —gruñó Verna—. Aunque se trate de dos rufianes que, por lo visto, querían hacerte pasar un mal rato. Flower no contestó. Aunque era de noche, había una excelente visibilidad y le pareció que había visto antes, en alguna parte, a la pareja de enamorados, que se alejaban sin prisas del lugar.

Verna se volvió hacia él.

—Kenny, ¿qué buscaban esos tipos?

—U[^] sobre que debo entregar a una dama —contestó Flower.

—¿Dinero?

—Sospecho que se trata de documentos comprometedores. Aún no he examinado su contenido.

—Ah, un chantaje.

—Es posible.

—¿Ahora te dedicas a esas cosas, Kenny?

—Es mi oficio, Verna —contestó el joven sin pestañear.

La anciana se encogió de hombros.

—Yo no soy quién para entrometerme en tu vida privada —manifestó—. Bueno, antes dije que teníamos noticias para ti.

—Sí, lo recuerdo.

—He llegado a saber que Andy quería dejar a Moorley.

Por lo visto, a éste no le gustó la idea.

—Y por eso ordenó que lo asesinaran.

—Sí, seguro, pero todavía hay más.

Petra llegó en aquellos momentos con una bandeja en las manos.

—El café está listo— anunció.

CAPÍTULO IV

—Por lo visto, Andy sabía algo que podía comprometer gravemente a Moorley. Mientras estuviese a su lado, no pasaría nada; pero en cuanto manifestó sus intenciones de dejarle, Moorley comprendió que su actual posición podía correr peligro si un día Andy se iba de la lengua. El resto es fácil de imaginar —dijo Verna, después de un par de sorbos de su taza.

—Si sabe tantas cosas, ¿por qué diablos me ha contratado? —inquirió Flower.

—Porque tú puedes moverte por ciertos ambientes, inadecuados para una dama. Y también para una muchacha ingenua y honesta.

Flower se volvió hacia Petra. La joven se sonrojó.

—Tengo veinticuatro años, pero a veces me trata como si todavía llevase calcetines —dijo sonriendo.

—Está bien, me moveré por esos ambientes —repuso Flower—. Pero les repito que no va a resultar fácil.

Verna agachó la cabeza de pronto.

—¿Dónde estará el cuerpo de mi pobre Andy? —murmuró afligidamente—. ¿Por qué han tenido que inferirle el último ultraje, después de muerto?

—Verna, tengo amigos, tengo contactos —dijo el joven—. Mañana empezaré a moverme, repartiré dinero, haré que se suelten las lenguas. Pero no es tarea que se realice en un día, ¿comprende?

—Estaré aquí todo el tiempo que sea necesario —declaró la anciana.

—Con su bastón-pistola, claro.

—Fue una baladronada. El único daño que puede hacer este bastón es cuando se utiliza como lo que es: un bastón —contestó Verna, con una chispa de humor en unos ojos azules como lagos de

montaña.

Flower estuvo a punto de soltar una carcajada. La anciana había mostrado una resolución digna de toda causa, y le habría gustado que los dos hampones estuviesen vivos, para poder contárselo algún día.

—Pero alguien los asesinó y eso es lo que me intriga —dijo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Petra.

—A los dos tipos que querían hacerme las preguntas por escrito sobre la piel, con un soldador. Nunca les había visto ni tengo la menor idea de la persona que pudo enviarles a mi casa —respondió el joven.

—Ese sobre, supongo, debe de contener algo muy importante —dijo Verna.

—Me devora la curiosidad, pero quiero entregárselo intacto a su destinataria. Lo malo es que no sé quién es.

—¿No lleva escrita su dirección? —se extrañó la muchacha.

—Me la dieron de palabra, es decir, un nombre de mujer, es todo lo que sé.

—Bueno, usted es un chico listo y sabrá encontrarla —aseguró Verna—. Petra, hija, creo que es hora de que nos marchemos.

Flower miró a través de la ventana, en la que no había quedado ningún cristal sano.

—Me parece que viene alguien —dijo—. Será un policía que viene a interrogarnos.

Recuerden: no sabemos nada.

—Descuida, mantendremos la boca cerrada —contestó la anciana.

Al quedarse solo, mucho más tarde, Flower se formuló dos preguntas a sí mismo.

La primera era: ¿cómo podría saber el nombre de la persona que había enviado a aquellos dos desdichados a buscar un sobre que no les pertenecía?

Y la segunda: ¿quién diablos era Fanny *la Princesa*?

No tardó en encontrar las respuestas: había alguien que podía proporcionarle aquellos datos, pero tendría que aguardar al día siguiente.

Pese a todas las emociones, durmió perfectamente. Por la mañana, mientras desayunaba, leyó el periódico, en el que se daba

una breve reseña de la muerte de dos sujetos, cuyas identidades habían sido facilitadas por la policía, que había logrado identificar sus restos.

La segunda noticia le hizo sonreír.

Después de un largo viaje por Europa, había regresado una dama llamada Francesca María Beltello di Rivero, princesa de Mazzalte.

Era la dueña de los diamantes robados que él tenía en su poder y se propuso visitarla con la mayor rapidez posible, a fin de dejar solucionado aquel asunto definitivamente.

* * *

Flower procuró vestirse adecuadamente para la ocasión, con sobria elegancia: chaqueta de pana color vino, pañuelo azul oscuro al cuello y pantalones grises, con unos mocasines de cuero blando y suave. El imponente mayordomo que abrió la puerta tras su llamada le contempló con rostro inexpresivo.

—¿Señor?

Flower le entregó una tarjeta.

—Deseo hablar con la señora Beltello —manifestó—. O. si prefiere, diré su alteza...

—La señora es muy sencilla y no hace ostentación de su título, señor —respondió el mayordomo—. Tenga la bondad de pasar y la avisaré inmediatamente.

—Gracias.

El mayordomo se retiró. Flower contempló críticamente la decoración del vestíbulo, en el que se veían algunos cuadros de mérito. Sobre una consola, divisó un valioso jarrón. Al fondo, había una armadura que juzgó auténtica, de la época.

Había una panoplia con infinidad de armas de todas clases. Flower se dio cuenta de que en aquella casa no había nada de imitación: todo era legítimo.

Sin poder contenerse, pasó las yemas de los dedos por el brillante metal de la coraza. De pronto, oyó una voz femenina a poca distancia:

—¿Le gusta? La llevó uno de mis antepasados durante la batalla de Pavía, en mil quinientos veinticinco. Perdón, quise decir un

antepasado de mi difunto esposo.

Flower se volvió en el acto. La mujer era alta, de formas majestuosas y rostro muy hermoso. Tenía el pelo negro como ala de cuervo y vestía exquisitamente, una larga túnica, cerrada de cuello y mangas, que le llegaba hasta los pies, de color rojo fuego, con orlas de oro.

—Soy la señora Beltello —se presentó ella—. Por favor, señor Flower, si tiene la bondad de pasar a mi gabinete privado...

—Es usted muy amable, señora, y celebro infinito conocerla personalmente —sonrió el joven—. A decir verdad, había oído hablar bastante de usted, pero ninguno de mis informes hacen justicia a la realidad.

—¿Qué realidad, señor Flower? —preguntó Francesca mientras cruzaban la puerta de la estancia aludida.

—¿No se mira usted nunca al espejo?

Ella rió suavemente.

—Empiezo ya a tener los suficientes años para detestar mirarme demasiado al espejo —contestó—. ¿Qué desea beber, por favor?

—Nada, gracias.

Francesca le señaló una butaca estilo Luis XV.

—Le ruego que se siente, señor Flower. Y. dígame, ¿cuál es el motivo de su visita? ¿Viene a ofrecerme una obra de arte? Si es así, le advierto que no compro nada. Mi esposo era el entendido, y el único que podía juzgar no sólo la belleza y el mérito de una obra de arte, sino también su autenticidad.

—Lo que he venido a ofrecerle es algo muy distinto, señora. ¿No ha notado usted la falta de algo muy valioso?

—Ah, ¿le envía la compañía de seguros?

—Entonces, ya sabe qué es lo que le falta.

Francesca se envaró.

—No me gustan los circunloquios, señor Flower. Mi esposo me enseñó a hablar siempre con absoluta franqueza, aun a costa de recibir un disgusto. Sí, es cierto, he hablado con la compañía de seguros, y me han aconsejado discreción por el momento, a fin de evitar publicidad al asunto. Ellos investigarán por su cuenta, aunque es muy posible que sea preciso hacer un arreglo con el ladrón.

—¿Le importaría decirme qué clase de arreglo?

Francesca se removió inquieta en su asiento.

—Tal vez haya que pagar un veinte por ciento...

—Es decir, doscientos mil dólares por algo que vale un millón largo.

—Si, aproximadamente.

—¿Con qué persona habló usted? De la compañía aseguradora, claro.

—Se llama Mortimer K. Gentle. Pero sin duda, usted que es empleado, debe de conocerlo, señor Flower.

—No, no soy empleado de esa compañía y no me extraña en absoluto que sea Gentle quien le haya hecho semejante proposición. Bien, señora Beltello, le voy a ahorrar a usted una enorme suma de dinero.

Flower sacó la bolsita de terciopelo, aflojó los cordones y vertió su contenido sobre la mesita que había entre los dos.

Francesca lanzó una exclamación de asombro.

—¡Las tenía usted!

—Así es, señora, aunque le ruego que no me pregunte cómo llegaron a mi poder. Puede pensar, y no lo impediré, que soy especialista en cierta clase de recuperaciones. Naturalmente, siempre percibo una comisión, por mis servicios.

—¿Cuánto? —preguntó ella instantáneamente.

—Ya, nada, señora.

Francesca contó las gemas con los dedos. Luego alzó la vista hacia su visitante.

—Falta un diamante.

—Mi comisión.

—Debe de valer unos cuarenta mil dólares.

—Hasta doscientos mil, se ahorra usted ciento sesenta mil.

—¿Qué sucedería si yo llamase ahora a la policía?

—¿Cómo podría probar siquiera que han estado por breve tiempo en mi poder? Yo he venido a visitarla, usted ha tenido la gentileza de enseñarme las piedras preciosas y entonces ha notado la falta de un diamante de unos quince o veinte quilates. ¿Podría desmentirme?

La expresión de Francesca se dulcificó.

—Hablaré con el señor Gentle...

—Deje que siga investigando —propuso él—. No le diga por

ahora que ya ha recuperado las piedras preciosas.

—Puede cobrarme los gastos de la investigación —apuntó ella.

—No puede obligarle a pagar, señora.

—Si, pero ¿qué le digo después?

—Muy sencillo: las había puesto en otro sitio y no se acordaba.

Con las prisas del viaje a Europa... —dijo Flower socarronamente.

Se puso en pie. Ya había hablado bastante.

Francesca se levantó también.

—Señor Flower, ¿qué es usted, exactamente?

El joven miró a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Ella no pasaba de los cuarenta. Quizá treinta y ocho... Espléndidamente bella en lo mejor de la madurez física.

—Un rendido admirador de su hermosura, señora —con testó, a la vez que se inclinaba para besarle la mano galantemente.

* * *

La cosa que despedía chispas que parecían de fuego rodó sobre el pequeño mostrador y se detuvo junto a la mano, ya un tanto sarmentosa, del individuo que estaba al otro lado Sharko Hall sacó un antejo de relojero, se lo puso en el ojo izquierdo, tomó unas pinzas y con ellas levantó el diamante que Flower le había lanzado con aire indiferente.

Transcurrió casi un minuto. Luego, Hall se quitó el antejo y miró al joven.

—Perfecto, una pureza sin igual —dijo.

—Lo sabía, Sharko.

—Kenny, no te preguntaré cómo lo has conseguido.

—Tampoco te lo iba a decir —rió el joven.

—Pero me va a resultar muy difícil colocarlo...

—Sharko, viejo buitres, nos conocemos. No me largues el cuento de la lástima. Antes casi de que haya vuelto la espalda, ya tienes comprador para ese diamante. Dame treinta mil y asunto concluido.

—Ni lo sueñes. Diez mil y te pago el cuádruple de lo que debería...

—Ladrón.

—Mira quién habla —exclamó Hall largamente—. Kenny, en confianza, ¿qué es la honradez?

—No lo sé, pero consultaré al diccionario. ¿Veinticinco?

—¿Tiros?

—Tu padre, ¿conoció a tu abuela?

—A la tuya la llamaban la Matahombres.

—¿Por qué, Sharko?

—Era una asesina profesional, pero no mataba con pistola o con cuchillo, sino con inagotables sesiones de sexo.

—Veinticuatro mil —dijo Flower.

—Doce mil.

Flower recobró el diamante.

—Adiós —se despidió.

—Aguarda, maldito. Quince y ni un penique más...

—Veinte y trato hecho.

Hall dio un puñetazo sobre el mostrador.

—Ya sé quién era tu abuelo —dijo.

—¿Sí?

—Drácula.

—Y yo he heredado sus cualidades de vampiro. Veinte mil, pero me harás el cheque por diecinueve mil.

Las casi peladas cejas de Hall se alzaron inquisitivamente.

—¿Qué quieres saber?

Flower simuló contar con los dedos:

—Uno: ¿Conocías a Tommy Rogers y Myrfo Skolov?

—¿Los que volaron ayer con su coche? No los conocía personalmente, pero sabía de sus actividades.

—Por cuenta ajena, claro.

—Reg Silver es el nombre. Pregunta número dos, Kenny.

—Silver... ¿es jefe de algo?

—Dirige los asuntos «reservados» de Moorley. Pero tengo la impresión de que hay otro por encima de éste. Sin embargo, no he conseguido averiguarlo hasta ahora.

—Gracias. Pregunta número tres: ¿Quién era Clay Sefton?

—Trabajaba, es un decir, para Silver. Pero tuvieron ciertas diferencias y lo plantó.

—¿A qué se debían tales divergencias de opinión?

—Pensaban de modo distinto sobre la marcha de los negocios.

—Comprendo. Última pregunta: ¿Quién es Fanny *la Princesa*?

—El nombre auténtico es Frances Beauregard, procedente de

una familia de Virginia venida a menos. Hará unos quince años, trabajaba en uno de los locales de Moorley. Se quitaba la ropa, ¿comprendes?

—Sí. Continúa, por favor.

—Cierta día, un tipo rico, pero ya maduro, un extranjero, la vio, se encaprichó de ella, la pidió en matrimonio y se casaron. El tenía grandes intereses en unos viñedos californianos. Era, además, un entendido en arte, un amante de la belleza en todas sus manifestaciones. Tenía título nobiliario, aunque jamás hacía ostentación de su rango. Fanny se casó con él y fueron muy felices hasta hace un par de años, en que el príncipe dejó esta vida, para gozar de otra mejor. Y ella, naturalmente, fue su heredera universal y se convirtió en una mujer enormemente rica.

Flower se puso pálido.

—¿Qué te pasa? —se alarmó Hall.

—Sharko... esa dama, ¿se llama ahora, creo, Francesca María Beltello di Rivero, princesa de Mazzalte?

—Sí, y es curioso, porque siempre fue una mujer muy distinguida y ya cuando actuaba para Moorley le llamaban Princesa. Luego, ese título resultó auténtico... Las vueltas que da la vida, ¿eh?

—Si, muchas vueltas, Sharko —convino el joven recobrado de la sorpresa recibida—. ¿Me das el cheque?

—Claro, ahora mismo, muchacho.

Instantes después, Flower se echaba al bolsillo un papelito que valía diecinueve mil dólares. Hall debía de estar ablandándose, pensó; había confiado en recibir quince mil dólares y salía ganando cuatro mil, sin contar una serie de informes inapreciables, que le iban a resultar de mucha utilidad en lo sucesivo.

—Perdona, pero todavía me queda una pregunta, Sharko. ¿Para quién trabajaba Mike Grunner?

—¿El Urraca? Pregúntaselo a él. Actúa independientemente, bajo contrato, y no suele revelar el nombre de la persona que utiliza sus siempre eficientes habilidades.

—A mí sí me lo dirá —aseguró Flower, después de conocer el lugar donde podría encontrar al ladrón de las piedras preciosas.

CAPÍTULO V

Flower salió de la tienda de relojería, en la que también se vendían otras cosas, y abrió la portezuela del coche. Una hermosa joven le dirigió una sonrisa.

—Hola, Kenny —saludó Petra alegremente.

Flower enarcó las cejas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Verna está algo indispuesta y se quedó hoy en la cama. A mí se me ocurrió ir a tu casa, para hablar contigo un rato. Te vi salir y decidí seguirte en un taxi. Estuviste en una residencia fastuosa y luego saliste de allí y viniste a esta tienda de mala muerte, donde, supongo, venden relojes al peso.

—Una explicación completamente satisfactoria, salvo por un detalle.

—¿Cuál, Kenny?

—Aún no me has dicho para qué querías verme.

—Deseaba darte algunos consejos sobre la forma de tratar a Verna —respondió la muchacha.

—Muy bien, adelante.

—Kenny..., ella no es mi madre, pero yo la aprecio muchísimo, como si fuese ta que nunca Conocí, ¿comprendes?

—Tu madre murió cuando tú eras una niña, ¿verdad?

Petra hizo un gesto de pesar.

—A mis casi veinticuatro años, no puedo decir todavía si mi madre vive o está muerta —respondió—. Lo siento —dijo él.

—Tenía muy pocos meses cuando me recogió Verna. Por increíble que pueda parecer, sucedió como en los folletines antiguos: alguien me dejó en una cestita, a la puerta de su casa. Sujeto a mis ropas, con un alfiler, había una simple nota: «Se llama

Petra Marsh». Y eso es todo lo que sabemos acerca de mí.

—Ni siquiera conoces a tu padre.

—No, Kenny.

—Lamentable de veras —calificó el joven.

—Verna tiene un genio de mil diablos y está acostumbrada a que todo el mundo haga lo que ella ordena. Se llevó una gran decepción cuando Andy se marchó de casa, a pesar de que tenía todo lo que le apetecía.

—El chico, sin embargo, estaría harto de soportar la tiranía de su madre, supongo.

—En parte, sí. Mira. Kenny, cuando se conoce a Verna, es fácil convivir a su lado. Pero Andy tenía poco aguante y carecía de diplomacia. La prueba de esto último es que se mezcló con esa caterva de forajidos y acabó con cuatro tiros en el cuerpo.

—Un chico inexperto, sujeto demasiado tiempo a las faldas de mamá —comentó él cáusticamente.

—Toda madre quiere siempre lo mejor para su hijo, Kenny.

—Y algunas los miman tanto, que acaban por estropearlos.

—Ése no es el caso de Verna y de Andy, aunque sí es cierto que ella resultaba bastante dominante. Pero, con todos sus defectos, quería a su hijo. Procura entenderlo así, te lo ruego.

—Y a ti, ¿qué trato te da?

Petra sonrió maliciosamente.

—Casi siempre digo sí y luego hago lo que quiero.

—No es mala táctica. ¿Nunca trató ella de averiguar quiénes fueron tus padres?

—Lo intentó, pero no consiguió nada. Al fin, decidió dejar las cosas como estaban. Y yo no tengo motivos de queja... salvo algunas de sus intemperancias, que evito lo mejor que puedo. Pero, en ocasiones, si ella me grita, yo grito más y luego las dos nos quedamos contentas y satisfechas.

Flower dirigió a la muchacha una sonrisa admirativa.

—No suponía que pudieras tener el genio tan vivo, Petra.

—Sólo lo saco a relucir cuando lo merece la ocasión. Por cierto, hace mucho rato que estamos moviéndonos con tu coche y aún no sé adónde nos dirigimos, Kenny.

—Tengo que hacer una visita a un tipo, de la clase que Verna juzga inadecuada para una joven damita, ingenua y honesta.

Ella soltó una alegre carcajada.

—No soy tan ingenua, Kenny —contestó—. Lo otro, sí, por supuesto.

—Nunca supuse nada en contra —declaró él—. Bien, si no temes oír gritos y palabrotas y puede que hasta contemplar una escena un tanto violenta, ven conmigo.

—Esa escena violenta, ¿incluye tiros?

—Algún puñetazo, todo lo más.

—Los darás tú, claro.

—Eso no se duda siquiera, Petra.

Unos minutos más tarde, Flower detuvo el coche delante de una casa de varios pisos, con escaleras contra incendios a la vista. En el mismo instante vio salir a una pareja de enamorados.

Ella era muy rubia, de cabellos largos y lacios, y vestía un chaquetón corto de piel, forrado de cordero. Usaba unos gruesos lentes con montura de concha y tenía todo el aspecto de una intelectual progresista.

El hombre era muy moreno, de pelo negro y rizado y llevaba una estridente cazadora roja, adornada con abalorios, y pantalones amarillos, con rayas en cuadros de color violeta. Sin embargo, ambos usaban el mismo calzado: botas vaqueras, de medio tacón.

Salieron de la casa besándose y acariciándose impudicamente, a la vez que reían como si se sintiesen satisfechos de la vida. Flower observó de reojo a la muchacha y apreció un leve color en sus mejillas.

—Así es la vida hoy, Petra —filosofó.

—Parece como si no tuvieran bastante con lo que han podido hacer en casa —comentó ella.

—En estos momentos, todo el mundo les pertenece y se creen en una isla desierta. La pareja entró en un destartado automóvil, lleno de rasguños y abolladuras, y con numerosas inscripciones en todos los tonos. El coche petardeó ruidosamente al arrancar.

Flower se apeó de su automóvil.

—Mike Grunner vive aquí —dijo, cuando ofrecía la mano a la muchacha para ayudarla a salir.

—¿Quién es Grunner, Kenny?

—Robó un millón de dólares en piedras preciosas.

—¡Jesús! —Se aterrorizó ella—. ¿Robó un millón... y vive en esta

casa tan miserable?

—¿Qué dije antes acerca de la vida de hoy día? —le recordó él.

Entraron en la casa. No había ascensor y subieron a pie.

Se percibían olores de todas clases y ninguno agradable. Flower se detuvo al fin delante de una puerta situada en el segundo piso y tocó con los nudillos en la madera.

La puerta cedió suavemente al primer golpe.

—El dueño no está —opinó Petra.

—Quizá ha alzado el vuelo —repuso Flower—. Después de lo que le pasó el otro día conmigo, ha podido pensar que las cosas pueden ponerse peor y que lo más seguro es largarse con la música a otra parte.

—¿Qué ocurrió, Kenny?

—Le quité las gemas.

Petra le miró estupefacta, como si no diera crédito a lo que acababa de oír. Pero el joven empujaba ya la puerta y tuvo que seguirle al interior de un apartamento cuyo ocupante parecía desconocer el significado de la palabra limpieza.

—Está muy revuelto —apreció Petra.

—Alguien ha estado registrándolo, en busca de una cosa que nunca encontrarán.

—¿Las piedras preciosas?

—Sí.

—Claro, las tienes tú...

—Te equivocas, ya están en poder de su dueña.

—Kenny, otro rato me explicarás este lío, del que no entiendo una sola palabra. Si quieres, te lo pediré de rodillas, pero si esto sigue así un poco más, tendré que consumir la aspirina por kilos.

—Mejor te convendría tomar un estimulante —dijo Flower—. ¡No mires! —exclamó súbitamente con acento imperativo.

Petra volvió la cabeza y abrió la boca. Flower se la tapó con las dos manos.

—Por el amor de Dios, no grites —rogó en voz baja.

El cuerpo de Petra temblaba convulsivamente. Flower la sostuvo por la cintura.

—Cálmate, está muerto y ya no puede hacernos nada —murmuró él—. Ni tampoco contestar a mis preguntas —agregó con acento lleno de amargura.

Mike Grunner *el Urraca* yacía hecho un ovillo al pie de su cama, todavía deshecha. Estaba sólo con los pantalones del pijama y en su dorso desnudo se veían las sangrientas huellas de dos balazos.

Transcurrieron unos momentos. Petra hizo señales de que ya se encontraba mejor.

De pronto, Flower captó un detalle que le hizo sentirse sumamente pensativo.

Ante el asombro y la aprensión de la muchacha, se arrodilló junto al cadáver y le tocó en la mejilla izquierda. Luego pasó la yema del índice por uno de los agujeros abiertos por las balas.

A continuación, sacó un pañuelo, y se limpió la pequeña mancha de sangre que había en el dedo.

—Vámonos, Petra —dijo.

Ella asintió en silencio. Minutos más tarde, sin que nadie pareciera haberse dado cuenta de que en aquella casa se había cometido un asesinato, emprendían el regreso en el coche de Flower.

* * *

Llenó dos copas y entregó una a la muchacha. Petra, derrumbada en un butacón, ofrecía un aspecto muy desanimado.

—Nunca me imaginé encontrarme con un cadáver...

—Por poco presencias el crimen en primera fila —dijo él.

—¿Cómo?

—El cadáver estaba aún caliente. La sangre, aunque con intensidad apenas notable, seguía manando de las heridas.

Petra saltó de su asiento.

—Eso significa que hacía muy poco que lo habían asesinado —exclamó.

—Posiblemente, no llevaba muerto ni cinco minutos —respondió Flower.

—Me siento llena de pánico. Pensar que casi nos cruzamos con el asesino... Si nos hubiera visto, tal vez habría disparado contra nosotros, ¿no lo crees así?

—Seguramente, Petra. Pero, por fortuna, no lo vimos...

Flower se interrumpió repentinamente.

—No lo vimos —repitió.

Estuvo callado un instante y luego chasqueó los dedos.

—¡Claro que lo vimos! —dijo, muy excitado—. Mejor dicho, «los» vimos.

—¿Cómo?

—Eran dos: la pareja tan estrafalaria que vimos salir de la casa, cuando llegábamos.

¿No los recuerdas?

—¿Ellos? —se asombró la muchacha.

—Los mismos que pusieron la dinamita en el coche. También los vimos besándose desvergonzadamente, mientras los bomberos procuraban apagar el fuego que consumía dos cadáveres.

—Parece increíble. Un hombre y una mujer, asesinos a sueldo...

—Y yo conozco sus nombres, Petra.

—¿De veras?

Flower abrió la boca para dar la respuesta, pero, en aquel preciso instante, recordó otro suceso.

Un hombre sentado en un banco del parque, una pareja de jóvenes que pasaban por su lado y que le decían algo, tal vez unos burlones apostrofes... En el mismo momento, Flower adquirió la convicción de que también sabía quiénes eran los asesinos de Clay Sefton.

Pero no tuvo tiempo de seguir hablando. Alguien llamó a la puerta.

CAPÍTULO VI

Antes de abrir, Flower, cauteloso, exploró el exterior a través de la mirilla. Se llevó una enorme sorpresa al reconocer a la persona que iba a visitarle.

Abrió inmediatamente.

—Señora...

Francesca le dirigió una ligera sonrisa.

—Tengo necesidad de hablar con usted, señor Flower —manifestó.

El joven se apartó a un lado.

—Estoy por completo a su disposición, señora —respondió.

Francesca entró, elegantísimamente vestida, con una estola de zorro azul sobre sus hombros. En torno a la garganta, llevaba un collar de perlas de cuatro vueltas. Un broche de platino, con diamantes, sujetaba el cuello cerrado de su vestido. En la muñeca izquierda, se veía una enorme pulsera de oro con toda clase de piedras preciosas. Aparte del anillo de boda, llevaba también dos sortijas de gran valor. Francesca se dio cuenta de que el joven parecía abrumado ante aquella muestra de riqueza y sonrió.

—No tema, sólo son copias —dijo—. Los originales están perfectamente guardados en un banco.

—Me siento mucho más aliviado, señora —confesó Flower—. Por favor, permítame presentarle a una buena amiga, Petra Marsh. Petra, te presento a la princesa Mazzalte. —Señora Beltello, simplemente— indicó la visitante.

Petra se puso en pie.

—Te dejo, Kenny —declaró—. Sin duda, tendrás que hablar cosas que no me interesan.

Ya nos veremos otro rato.

—Como quieras. Saluda a Verna en mi nombre.

—Sí, se lo diré.

Petra dirigió a la otra mujer una ligera inclinación de cabeza. De pronto, Francesca levantó una mano.

—Perdone, señorita; su rostro me parece conocido...

—No nos hemos visto nunca antes de ahora, que yo sepa, señora —contestó la muchacha.

—A pesar de todo...

Flower arrugó el entrecejo. ¿No existía cierto parecido fisonómico entre las dos mujeres?, se preguntó.

—Dispénsame, señorita —rogó Francesca.

—No tiene importancia —se despidió la joven.

Momentos después, Flower y la visitante quedaban a solas. El fue hacia la consola y señaló una botella.

—¿Jerez?

—Sí, gracias.

Francesca se sentó en una butaca y cruzó las piernas, perfectamente enfundadas en lo que Flower juzgó sin duda medias de seda natural. Los zapatos, de tacón de unos ocho centímetros, debían de costar carísimos.

Ella tomó un ligero sorbo de la copa que le había ofrecido el joven y luego la dejó a un lado.

—Señor Flower, me encuentro en un serio compromiso y necesito que usted me ayude, aunque, como puede comprender, recompensaré espléndidamente su colaboración —dijo sin más rodeos.

* * *

—Tiene usted un grave problema —adivinó él.

—Exactamente.

—Ese problema está relacionado con su pasado, sin duda.

—¿Quién le ha dicho...?

Flower sonrió.

—Permítame una pregunta, señora. Puesto que asegura que las joyas auténticas están en el banco, a buen recaudo, ¿cómo es que tenía en casa nada menos que un millón de dólares en piedras preciosas?

—¿Puedo explicarme? —solicitó ella.

—Por favor...

—Tuve que salir precipitadamente hacia Europa. Asuntos de familia, de la de mi difunto esposo. Cosas de una herencia, desde luego.

—¿Importante?

—Un castillo en la Toscana y unas cuatro mil hectáreas de tierras fértiles y todas cultivadas.

—No es una miseria, precisamente, señora.

—Mi esposo fue siempre un hombre emprendedor. Podía haber vivido en la ociosidad, tranquilamente, pero prefirió movilizar su fortuna.

—Me imagino el resto. El castillo y las tierras son suyos ahora.

—Sí, aunque estoy en tratos de vender las tierras a sus actuales arrendatarios, en las condiciones mejores posibles para ellos. Han trabajado allí durante generaciones y no puedo exigirles precios abrumadores.

—Muy generoso de su parte. Conserva el castillo, supongo.

—Con un pequeño parque de unas treinta y cinco o cuarenta hectáreas.

—Cien acres —calculó Flower rápidamente—. Pero hablamos de las piedras preciosas.

—También hablaremos de mi pasado. Usted, apostaría algo bueno, lo conoce.

—Sé algunos detalles, señora.

—Lo que hice quince años antes, no me importaría demasiado. Pero hay fotografías.

—¿Sí?

—Alguien pudo reunirlos, con los negativos, y me exigió un millón de dólares por su rescate. Puede que esto, hoy día, no tenga gran importancia para algunas personas, pero no me agradaría aparecer desnuda en revistas de gran tirada, y ya sabe a cuáles me refiero.

—Desde luego. Tenía que entregar un millón de dólares...

—Tenía que entregar, precisamente, esas piedras preciosas. Pero hoy, poco después de haberse marchado usted, me llamó el chantajista y dijo que había cambiado de opinión y que quería el millón en efectivo.

—Un tipo modesto, evidentemente —sonrió Flower—. ¿Le importa que fume, señora?

—Déme a mi también un cigarrillo, se lo ruego.

Callaron durante unos momentos. Flower fue el primero en romper el silencio.

—¿Tiene la seguridad de que no hay más negativos ni fotografías? —preguntó.

—Eso es lo que me ha dicho el chantajista —respondió Francesca.

—Posiblemente, ha sido sincero. Pero también creo que trata de estafarle, señora.

—¿Cómo?

—Usted reunirá el millón de dólares y se lo entregará. A cambio, él le dará un sobre que no contendrá más que papeles en blanco.

—No comprendo cómo puede imaginarse una cosa semejante...

Flower aplastó su cigarrillo sobre un cenicero. Luego se acercó a la consola del servicio de licores.

El mueble disponía de un pequeño frigorífico. Flower lo abrió y hurgó en el congelador.

A los pocos momentos, extrajo un sobre envuelto en plástico, que quitó de inmediato.

Cruzó la estancia y puso el sobre en manos de su bella visitante.

—Creo que es esto lo que busca, señora —dijo.

Francesca le miró estupefacta.

—¿Cómo ha llegado a sus manos...?

El joven le señaló una puerta situada al otro extremo de la sala.

—Allí está mi gabinete particular, señora. Entre, ciérrese por dentro y compruebe si lo que busca está en el interior de ese sobre.

Ella se puso en pie y pasó a la habitación señalada. Minutos después, volvió a aparecer de nuevo, muy pálida, pero sonriente.

—No falta nada, creo —dijo.

Flower estaba arrodillado junto a la chimenea, avivando el fuego.

—Quémelo todo —aconsejó.

Francesca se acercó y lanzó a las llamas el sobre, con todo su contenido.

—No ha querido ver las fotografías —dijo.

—En todo caso, me habría gustado muchísimo más contemplar

el original.

—Por favor... —Se sofocó ella.

—Hace quince años, naturalmente.

—Es un pasaje de mi vida que desearía olvidar.

—Yo no lo recordaré a nadie, señora.

—Es usted todo un caballero, señor Flower. ¿Puedo saber a qué se dedica?

—A salvar princesas en apuro —contestó él jovialmente.

Francesca sonrió también. Luego abrió su bolso y sacó un talonario de cheques cubierto por una especie de billetera de piel de serpiente.

—Quiero agradecerle el favor...

Flower le quitó de las manos el talonario.

—Si me paga un sólo centavo, lo tiraré al fuego —amenazó.

—Está bien —suspiró ella—. Algún día tendré ocasión de mostrarle mi gratitud de alguna forma que usted no podrá rechazar.

—No se preocupe por ello, señora.

—Ah, por cierto. Aconséjeme, señor Flower. ¿Qué le contesto al chantajista cuando me llame para hablar de nuevo sobre el asunto?

—¿Me permite indicarle una frase un tanto violenta?

Francesca se echó a reír.

—Cuando actuaba en el Pyramid oía toda clase de palabras —respondió—. Muy bien. Cuando le llame ese tipo, díglele, sencillamente: «¡Váyase al diablo!». Ella le tendió la mano.

—Quizás añada alguna otra frase de mi propia cosecha —se despidió.

Flower se quedó solo, encendió un cigarrillo y se sirvió una copa. Luego se acomodó en el diván y puso los pies sobre una mesita, mientras se concentraba en sus pensamientos, con la vista fija en las llamas que se agitaban continuamente en la chimenea.

* * *

Era ya de noche cuando Flower salió de su estatismo y alargó la mano hacia el teléfono. Instantes después, oía una voz al otro lado de la línea:

—Maldito el que me interrumpe la cena en lo mejor. ¿A quién debo echar la culpa de mi desgracia?

—Cargaré con la responsabilidad, Sharko —dijo el joven—. Tengo que pedirte un favor.

—Pago por adelantado.

—Tengo crédito, buitres.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Quiero antecedentes de Fanny *la Princesa*. Todo lo que puedas averiguar de ella desde que cambió los calcetines cortos por medias y liguero. ¿Entendido?. —Te costará caro. Kenny.

—No te he preguntado el precio. Quiero resultados, Sharko.

—Haré lo que pueda...

—Moviliza a tus informadores. No escatimes gastos.

—Está bien. ¿Algo más?

—Sí. ¿Dónde está el cadáver de Andy Hockmire?

—¿El chico que había llegado a ser hombre de confianza de Moorley?

—El mismo, pero, según parece, perdió el favor de ese granuja.

—Y tanto que lo perdió. No sé dónde puede estar el fiambre...

—¿Qué te parecerían cinco mil de recompensa para el que lo encuentre?

Hubo un instante de silencio.

Flower supuso que Hall estaría reflexionando sobre la mejor forma de repartir la recompensa prometida. «Cuatro mil quinientos para él y quinientos para el que se lo diga», calculó.

Al fin. Hall dijo:

—Pónmelo por escrito, Kenny.

—Mañana tendrás un cheque, Sharko. Otra cosa. ¿Quién mató a Andy?

—Seguramente, la «Muerte Doble».

—¿Cómo?

—En el juego del dominó están la blanca doble, el dos doble, el seis doble...

—No sigas, lo sé de sobra.

—Y aquí, en esta maldita ciudad, hay una pareja que opera siempre al unísono.

—O sea, matan a la vez.

—Sí.

—Y se llaman Jack y Adela Ryles.

—Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas, Kenny?

—Es que no sabía que fueron ellos quienes asesinaron a Andy. Pero sí, en cambio, sé que mataron a Grunner *el Urraca*.

—¡Madre de Dios! —Se espantó Hall—. ¿Por qué?

—Ya se lo preguntaré cuando los encuentre, no te preocupes.

—Kenny, un consejo.

—Dime, buitre.

—A veces, cuando una persona tiene mal genio, se dice que si se la ve por la calle, lo mejor es irse a la otra acera. Con esta pareja, lo más conveniente es irse al otro lado del mundo.

—Unos chicos malos, Sharko.

—Malísimos. Y ella, mil veces peor todavía que él.

—¡Angelitos! Gracias, Sharko. No te olvides de mí.

—Ni tú de mi dinero, Kenny.

Flower colgó el teléfono.

Resultaba indudable que los Ryles habían asesinado a Andy Hockmire. Pero ¿por qué?

Y, sobre todo, ¿quién había sacado el cadáver de la tumba?

—¿Qué objeto tiene impedir que una madre pueda llevarse el cuerpo de su hijo al panteón de la familia? —murmuró.

Preocupado, sabiéndose por el momento incapaz de resolver aquel enigma, dio unos cuantos paseos por la estancia. Luego se dispuso a encender un cigarrillo.

El tabaco estaba en la mesita cercana a una de las ventanas. Al acercarse allí, miró casualmente hacia la calle y divisó a una pareja de enamorados besándose furiosamente debajo de un árbol.

CAPÍTULO VII

El árbol proporcionaba cierto abrigo contra la luz de los faroles que iluminaban la avenida, pero la pareja había calculado mal y sus siluetas, vistas casi a nivel, se recortaban nítidamente contra el resplandor de una lámpara situada al otro lado.

Ella vestía ahora un chaquetón largo de cuero color claro, con cuello de piel oscura. El llevaba chaqueta y jersey de cuello alto.

El pelo de la mujer era oscuro y corto. El hombre tenía una espesa cabellera rubia y usaba lentes de montura de oro, además de ostentar un frondoso mostacho sobre el labio superior.

—Son maestros en el disfraz, no cabe duda —murmuró Flower.

Permaneció pensativo unos momentos, pellizcándose el labio inferior. Resultaba evidente que los Ryles no estaban allí por casualidad.

Transcurrió un buen rato. La pareja continuaba entregada a sus efusiones. Ella parecía muy complacida de las atenciones de su compañero.

Flower decidió estar prevenido. Los Ryles atacarían en un momento u otro. No podía permitirse el menor descuido.

Seguramente, pensó, intentarían el golpe cuando estuviese dormido. Fue a su dormitorio y preparó la cama, como si hubiese en ella una persona descansando. Luego se situó junto a la ventana, desde la que también se podía divisar a la pareja entretenidos en lo que parecía diálogo amoroso, cálido y efusivo.

Un poco más tarde, los Ryles se metieron en el coche que habían dejado en las inmediaciones. Flower podía ver también el vehículo.

Esperaban la ocasión, dedujo. Simuló desvestirse y apagó la luz, pero se quedó sentado junto a la ventana.

La casa disponía de puerta posterior, pero la había asegurado de

modo que no pudiera ser abierta sin ruido. En el resto de las ventanas, colocó pequeñas trampas que también provocarían la alarma caso de que los asesinos irrumpiesen por allí.

Presentía, sin embargo, que estaban dispuestos a matarle durante el sueño. Paciente, esperó, convertido en una estatua, viendo sin ser visto.

Pasada la medianoche, la portezuela del coche se abrió. Flower puso en tensión todos sus músculos.

Jack Ryles salió del automóvil y caminó lentamente hacia la casa, con las manos en los bolsillos de su chaquetón corto. Uno de dichos bolsillos le pareció al joven demasiado abultado.

«¿Una bomba?», se preguntó.

Andando con naturalidad. Ryles llegó junto a la ventana. Flower le dejó forcejear con el bastidor para que lo levantara sin hacer el menor ruido. Luego vio que el sujeto sacaba algo de un bolsillo.

Ryles tiró de una anilla. Flower supo en el acto sus intenciones.

El huevo, metálico, oscuro, cayó al suelo y rodó unos pasos, antes de detenerse junto al lecho. Ryles dio media vuelta y echó a correr hacia su coche.

Flower dio un tremendo salto y agarró la bomba, lanzándola inmediatamente a través de la ventana con todas sus fuerzas. Luego se agachó junto al antepecho.

Adela Ryles lo vio y chilló. Su marido, extrañado, se detuvo, volviéndose un instante.

Y, en aquel momento, brotó del suelo un terrible fogonazo rojo, seguido de una tremenda detonación.

Ryles voló por los aires, a consecuencia de la onda expansiva causada por el estallido de la bomba a dos metros de sus pies. Con los brazos y las piernas extendidos, recorrió un pequeño trecho en el aire, antes de caer al suelo, literalmente reventado por la explosión.

El coche en que se hallaba la mujer arrancó de inmediato a toda velocidad. Flower se imaginó que Adela había dado por supuesta la muerte de su esposo.

—Tiene la conciencia demasiado sucia y no quiere dar explicaciones a la policía —calculó.

Ryles yacía a unos quince metros de la casa, boca arriba, completamente inmóvil.

«Un canalla menos», pensó el joven.

Y luego empezó a arreglar el dormitorio, porque la policía llegaría muy pronto y cuando le hiciesen preguntas, diría que no había visto nada, porque estaba durmiendo.

* * *

Petra se presentó inopinadamente, poco después de las nueve de la mañana.

—Me envía Verna —dijo—. Quiere saber qué te ha pasado.

—¿A mi? —sonrió él—. Nada. ¿Por qué os preocupáis?

—Ella leía el periódico durante el desayuno. Entonces se enteró de que un tipo había muerto aquí y se sintió muy aprensiva.

Flower señaló el periódico.

—Llámalas y dile que me encuentro perfectamente bien —contestó—. Y dale también las gracias por su interés hacia mí.

—Espera un momento, Kenny. Necesito más detalles.

—¿Qué quieres saber? ¿Lo que no declaré a la policía?

—Exactamente.

—Bueno, a ti te lo puedo decir... El muerto vino a liquidarme.

—El periódico dice que hubo un fallo en la granada de mano.

—¡Naturalmente! Explotó donde no debía... mejor dicho, donde no se lo esperaba su propietario.

Petra agitó un poco las manos.

—A ver, explícate, por favor —rogó.

—Bueno, cuando me iba a acostar, vi a una pareja debajo de aquel olmo. —Flower lo indicó con un gesto—. Inmediatamente me acordé de Mike Grunner y empecé a atar cabos.

—Te diste cuenta de que eran los Ryles.

—Justamente. Dejé pasar el tiempo y luego, sobre las doce y media, él vino a la casa. Levantó el bastidor de la ventana, vio unos bultos en la cama y pensó que era yo, profundamente dormido. —Pero no era así. ¿Dónde estabas?

—Junto a la ventana. Entonces, él tiró la bomba suavemente y la hizo rodar por el suelo. Yo la recogí y se la devolví. Ella, su mujer, lo vio y gritó. Ryles, desconcertado, se volvió, y en ese momento le estalló la bomba casi en los pies.

Petra se estremeció.

—¿No sentiste miedo al tener la bomba en las manos?

—Un poco, pero o lo hacía o me dejaba matar como un cordero.

—¿Qué dijiste a la policía?

—Nada. Estaba dormido, oí un estruendo, me desperté, vi a un tipo muerto... —¿Y ella?—. Escapó.

—No quiso quedarse, por lo visto.

—Habría resultado demasiado comprometedor y, Petra, cuando a uno le estalla una bomba en las narices, el resultado es un viaje a la Morgue.

—Antes dijiste que le explotó en los pies...

—Era una metáfora.

El teléfono sonó en aquel instante.

—Perdona. Petra —rogó el joven.

Levantó el aparato. Una voz de mujer resonó inmediatamente en sus oídos.

—¿Señor Flower?

—Sí, yo mismo.

—Soy Adela Ryles. Ha oído hablar de mí, supongo.

* * *

Flower se puso rígido. La voz de Adela Ryles sonaba helada, pero siniestramente amenazadora. Presintió que iba a decirle algo de interés y señaló el supletorio con la mano. Petra lo comprendió y levantó el aparato, aplicándoselo inmediatamente a la oreja.

—Sí, he oído hablar de usted, señora; y no se puede decir que los comentarios que se hacen sobre sus actividades resulten elogiosos.

—Cada uno es lo que es, señor Flower. Usted mató anoche a mi esposo.

—Perdón, señora. Ocurrió hoy, porque ya habían dado las doce de la noche. Y, en segundo lugar, yo no lo maté. Llevaba una bomba de mano y, por lo visto, falló. O no sabía manejarla...

—¡No se burle de mí! —chilló Adela descompuestamente—. ¡Usted lo mató y...! ¿Ha oído hablar alguna vez de la hembra de la especie?

—Sí, lo sé. Usted me está pareciendo ahora una araña de cierta especie, que devora al macho tras el apareamiento. Pero ¿sabe

cómo se elimina a una araña, señora? ¡De un taconazo y basta!

—¡No, no lo conseguirá! —aulló Adela, ebria de ira—. Yo me vengaré de usted, le haré padecer mil muertes antes de quitarle su asquerosa vida...

—Señora —se irritó el joven—. Les encargan que me asesinen, yo me defiendo, muere uno de los dos... ¿y todavía tiene la desfachatez de reprochármelo? Pero ¿quién se ha creído que es usted? ¿Acaso una diosa mitológica, con poder de vida y muerte sobre los humanos? Su desvergüenza alcanza límites inconcebibles y, puesto que me amenaza con matarme, le diré una cosa: es usted quien debe protegerse de mí, porque voy a ponerme en campaña inmediatamente para buscarla, y en cuanto lo haya conseguido...

—¿Me pegará cuatro tiros? —se burló la asesina.

—No. Prepararé un caldero de aceite hirviendo y meteré allí sus pies, para que me diga quién les pagó por asesinarme. ¡Adiós, señora!

Malhumorado, Flower dejó el teléfono sobre la horquilla.

—Esa zorra —barbotó—. Todavía tiene el descaro de anunciar que va a vengarse de mí... ¿Acaso tenía yo la obligación de dejarme matar como un corderito? Petra estaba muy pálida.

—Esa mujer es ahora doblemente peligrosa. Recibió el encargo de matarte y, además, quiere vengarse.

—Lo sé, pero ya procuraré protegerme, no te preocupes.

—¿Cómo, Kenny?

—Adela Ryles es una psicópata, como lo era su marido. Mataban casi más por placer que por dinero. Y eso puede perderla.

—¿Piensas buscarla, como has dicho?

—Otros lo harán por mí, Petra.

La joven se alarmó.

—¿Es que tú también vas a contratar a un asesino profesional?

—¡Por Dios, mujer! ¿Quién te crees que soy? He querido decir que otros buscarán a Adela. Cuando la hayan localizado, yo celebraré con ella la última entrevista.

—Esa frase tiene un siniestro significado, Kenny —dijo Petra, estremecida de temor—. Oh, no creas que la voy a matar. Simplemente, la pondré en condiciones de no hacer jamás daño a nadie.

Flower levantó el teléfono otra vez, sintiéndose de mal humor

por un incidente que venía a alterar sus planes de un modo totalmente inesperado. Marcó un número y esperó unos segundos. Luego dijo:

—¿Sharko? Soy Kenny. Necesito que me hagas un favor. ¡Maldita sea, tengo el pellejo en juego, no me vengas ahora pidiéndome dinero, después de que me has exprimido como a un limón!

—Está bien, no te sulfures —contestó Hall—. Me imagino que estás un poco nervioso después de lo que te pasó anoche, claro.

—¿Ya te has enterado?

—Sí. Por ahí, la gente murmura que fue una lástima que sólo muriese el diez por ciento de la pareja.

—¿Cómo el diez por ciento?

—Ella es el noventa por ciento restante, si entiendes lo que quiero decirte, Kenny. —Sí, te comprendo fácilmente. Y es de esa zorra de quien quiero hablarte. Ahora estará escondida por alguna parte, Sharko. Mil pavos a quien la localice y me indique su escondite. Y no te quedes con las tres cuartas partes, ¿me oyes? Paga los mil dólares íntegros y procura tener la respuesta antes de que se haga de noche.

—Pides demasiado —se quejó Hall.

—Adela me ha llamado. Yo debería haber grabado la conversación y te la dejaría escuchar. Se te pondrían los pelos de punta.

—Soy calvo...

—Volverían a salirte de nuevo. Sharko, te llamaré a la noche.

—Haré lo que pueda, pero también me encargaste otras cosas...

—No son tan urgentes como mi propia vida.

Flower colgó el teléfono. Petra le miró aprensivamente, porque también había utilizado ahora el supletorio.

—Ese tal Sharko...

—Es el dueño de la tienda donde venden relojes al peso.

—Ah, ya recuerdo. Debe de tener muchas amistades, supongo.

—Lo que no conozca él, no lo conoce nadie, ni la policía.

—Por lo visto, tienes muchos tratos con él.

—Algunos —sonrió el joven.

—Kenny, ¿respetas siempre la ley?

—La ley es una especie de red, cuyas mallas, en ocasiones,

resultan lo suficientemente amplias para pasar al otro lado.

—En resumidas cuentas, no eres totalmente honrado.

—Cuando yo trabajo, otros han quebrantado ya la ley. Simplemente, les aplico una dosis de su propia medicina. Y ahora, si me lo permites, voy a cambiarme de ropa.

—¿Vas a salir?

—Sí. —Flower miró de soslayo a la muchacha—. Posiblemente, será una entrevista tempestuosa. ¿Te gustaría estar presente?

—¿No nos encontraremos un cadáver, como cuando fuimos a ver a Grunner? —preguntó Petra, aprensiva.

—Lo dudo mucho, porque, precisamente, vamos a hablar con el hombre que pagó a los asesinos de Grunner —respondió el joven.

CAPÍTULO VIII

Había olores de embrocación y líquidos para masajes. Al otro lado del tabique se oían los ruidos propios de un gimnasio.

—No sabía que Reg Silver se dedicase al deporte —dijo la muchacha, mientras se acercaban a la puerta que daba al despacho del dueño del gimnasio.

—¿Sabes lo que es un «lanista»? —preguntó él.

—No, dímelo, por favor.

—En la Roma antigua, «lanista» era el entrenador de los gladiadores.

—Ah, comprendo.

—Silver es algo por el estilo, actualmente. Boxeo, lucha libre y demás.

—Eso significa, o hace sospechar, al menos, otras actividades nada honestas.

—Muchos promotores deportivos son honrados. Silver pertenece a la casta de los que no lo son.

En la puerta había un rótulo: R. SILVER. MANAGER. Flower tocó con los nudillos y abrió sin más.

Había un hombre, detrás de una mesa, repasando un libro de cuentas. Al ver que se abría la puerta, levantó la vista airadamente.

—No recibo a nadie ahora —bramó.

—A mí, sí, y a la dama que me acompaña, también —contestó Flower desenvueltamente—. Pasa, Petra.

Reg Silver se puso en pie. Era un hombre de mediana estatura, ancho de hombros, con el pelo como un cepillo y la nariz aplastada. Había efectuado muchas peleas en el *ring*, antes de dedicarse a su actual profesión, estimó Flower.

—Para echar a un mequetrefe como usted, no necesito a mis

ayudantes —dijo Silver. Y caminó al encuentro del joven, pero antes de que pudiera disparar su puño, Flower le clavó en la ingle la puntera del zapato.

Silver lanzó un aullido de dolor y se curvó hacia adelante. Flower le agarró por el pelo y levantó la rodilla bruscamente.

Se oyó otro grito. Antes de que Silver pudiera recobrarse, Flower lo agarró por los hombros, le hizo girar en redondo y luego lo catapultó contra la pared opuesta, de un formidable puntapié en las posaderas.

El sujeto chocó contra la pared, rebotó y cayó de espaldas. Quedó en el suelo, gimiendo sordamente, con las manos en el rostro.

Petra estaba atónita, ya que no se había imaginado que el joven pudiera actuar de forma tan devastadora. Flower fue al botellón de agua que había en un rincón, lo arrancó de su soporte y dejó que el líquido se derramase por completo sobre la cabeza de Silver.

Luego lo arrojó a un lado. El enorme recipiente se rompió con gran estrépito. La oficina quedó hecha una lástima.

Al cabo de unos momentos, Silver se sentó en el suelo, chorreando agua.

—¿Qué diablos quiere de mí? ¿Quién es usted? —preguntó.

Kenny Flower. Jack Ryles falló anoche.

Una sombra oscura apareció en los ojos del sujeto.

—Flower —repitió.

—En efecto. Y he venido a hacerle unas cuantas preguntas, Reg.

—No creo conocer las respuestas...

Silver intentó levantarse, pero el pie del joven lo tiró de nuevo al suelo.

—¿Por qué asesinaron a Andy Hockmire?

—Yo no sé nada de eso...

—Usted es el hombre de confianza de Moorley. Tiene que saberlo a la fuerza. Y no tema, no hay pruebas, de modo que no le podrán hacer nada, ¿entendido?

Sentado en el suelo, Silver pareció reflexionar un momento. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Creo que Moorley le sorprendió con una cámara fotográfica miniatura, pero no sé más. Andy tenía acceso a sus libros, eso sí lo sé.

Flower entornó los ojos.

—Entonces, Andy quiso sacar fotografías de algunas páginas especialmente comprometedoras —dijo.

—Eso creo que ocurrió, pero ignoro lo que pasó después. Fue un asunto llevado personalmente por Moorley.

—Andy fue enterrado, pero ¿qué se ha hecho de su cadáver?

Silver se encogió de hombros.

—Aunque no me crea, no lo sé. Repito que todo esto es un asunto que Moorley dirige en persona. El y otro pez gordo, cuyo nombre desconozco, puede jurárselo.

—Me parece que dice la verdad, Kenny —intervino la muchacha.

—Sí, creo que es sincero —convino Flower—. Reg, ¿qué tiene contra mí? ¿Por qué diablos envió a los Ryles a quitarme de en medio?

—Yo no he hecho absolutamente nada de lo que se imagina. Todo esto, insisto, es cosa de Moorley.

—¿Incluso el asesinato de Sefton?

—Desde luego.

—¿Qué me dice de Grunner *el Urraca*?

—Moorley se puso muy furioso. Parece que le encargó algo a Mike y éste falló...

—No perdona una, ¿eh? —dijo el joven sarcásticamente.

—A Moorley no le gusta que la gente que trabaja para él cometa equivocaciones —respondió Silver—. Pero le diré una cosa: yo tengo un negocio completamente lícito y muchas de las cosas que hace Moorley no me gustan en absoluto.

—Sin embargo, contrató a los Ryles.

Silver pareció sentirse incómodo de repente.

—Moorley me obligó. Me tiene agarrado por el cuello.

—¿Trapos sucios? —rió el joven.

—Pruebas de algo que podría costarme una docena de años de cárcel. No hubo víctimas —añadió el sujeto apresuradamente—. Fue un buen golpe y...

—Entiendo, no siga. Una última pregunta, Reg. ¿Dónde se esconde Adela Ryles?

—Si lo supiera, yo mismo iría a buscarla, para aplastar a esa araña venenosa.

Es curioso, piensa de la misma forma que yo —dijo Flower—. Petra, hemos terminado...

—Aún no —cortó la muchacha—. Señor Silver, ¿dónde está el cuerpo de Andy Hockmire?

Silver reflexionó unos instantes. Luego miró a Petra con un solo ojo.

—¿Me prometen callar mi nombre si se lo digo?

Petra alzó la mano derecha.

—Prometido.

—En el Pyramid se sirven comidas. Hay varios frigoríficos de gran tamaño, pero Moorley puso en funcionamiento el más viejo, en desuso desde hacía algunos años.

La joven se estremeció al pensar en el cuerpo de un joven, al que había conocido desde muy niña, convertido en un pedazo de carne congelada.

—¿Por qué lo llevó allí? —se extrañó Flower.

—Por lo visto, quería hacer algo, pero la llegada de la señora Hockmire alteró sus planes. Está aguardando a que se canse y abandone la ciudad, para devolver el cadáver a su tumba.

—Muy bien, Reg, se está portando usted como un buen chico. Ahora —pidió el joven—, indíquenos dónde está ese frigorífico.

—Hay un cobertizo adosado a la trasera del Pyramid. No tiene ventanas, sólo una puerta de metal y Moorley guarda la llave personalmente.

—Muy bien, eso es todo. Reg, puede levantarse.

—Muchas gracias, es usted muy amable —contestó Silver, sardónicamente—. ¿Debo pedirle perdón por haber puesto mi tripa delante de su zapato?

—Llegamos aquí con buenos modales. Usted nos convenció de que la cortesía era algo superfluo... Una cosa, Reg: si encuentro eso que tanto le preocupa, se lo devolveré.

Pero usted tendrá que devolver el dinero.

—Lo haré, puede creerme.

—Quizá duerma mejor sabiendo que vuelve a la vida honrada. Bueno, a cierta clase de vida que... Pero es mejor que no sigamos, Petra, ¡vámonos ya!

Salieron a la calle. Una vez en el coche, Petra dejó escapar un hondo suspiro.

—Parecías un tornado, Kenny —comentó—. ¿Siempre actúas así?

—No; sólo con tipos como Silver —respondió él.

—Es muy fuerte. No comprendo cómo se dejó ganar.

—Los años no pasan en balde, nena. Silver tiene ahora quince años y quince kilos de más, y este sobrepeso es pura grasa.

—Comprendo. Bien, Kenny, ahora ya sabemos dónde está el cuerpo del pobre Andy. Se lo diré a Verna...

—¡No! —Prohibió él, tajantemente—. No quiero decirle nada, hasta que sepa exactamente por qué murió y por qué, luego, tuvo que ser sacado de su sepultura. Creo que me entiendes, ¿verdad?

Petra volvió a suspirar.

—Verna organizaría un buen escándalo si lo supiera —dijo.

—Tiempo le quedará para hacerlo —contestó Flower.

—Me costará mucho callar...

Verna tiene también interés en que se encuentre al asesino de Andy.

—Ya se sabe que fue Moorley.

—Podía alegar cualquier cosa para justificar haberse llevado el cuerpo a su casa, pero nunca se le podría probar que intervino en el asesinato. ¿Lo entiendes?

—Tú buscas las pruebas, naturalmente.

—Eso es, preciosa.

—Y, ¿quién te las proporcionará?

—Muy posiblemente una psicópata que ha jurado vengarse de mí.

Petra sintió un escalofrío.

—Adela Ryles —adivinó.

—Ella misma, en efecto.

—Es posible que no la encuentres...

—Ya veremos. Ahora, si no tienes inconveniente, te devolveré al hotel, para que sigas haciendo compañía a Verna.

Dile que las cosas marchan por buen camino, pero yo no quiero facilitarte demasiados detalles.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

—Y tú, ¿qué harás ahora?

—Una visita a un tipo que no tiene relación alguna con este

caso.

—Supongo que no puedo saber quién es, Kenny.

—No padecerás insomnio si no te lo digo —sonrió él.

* * *

Una atildada y distante secretaria leyó su tarjeta de visita y luego le hizo observar que el señor Gentle sólo recibía a las personas con quienes había concertado previamente una cita.

Flower no se inmutó. Sentándose en un ángulo de la mesa encendió un cigarrillo con aire despreocupado.

—Y tú y yo, nena, ¿por qué no concertamos una cita para esta noche?

—Pediré permiso a mi marido —contestó la secretaria desabridamente.

—Si yo fuese su marido, le daría el permiso en el acto.

—¿Por qué?

—Por librarme de usted siquiera unas cuantas horas. Ande, sea buena y dígame al señor Gentle que estoy aquí. Verá cómo me recibe inmediatamente.

Los ojos de la secretaria escudaron penetrantemente el rostro de Flower. Una extraña sonrisa apareció de pronto en sus labios.

—¿Sabe una cosa? No tengo marido —dijo.

—Soltera, ¿eh?

—El año pasado le di café con cianuro. Espere, avisaré al señor Gentle. Luego discutiremos la cita de esta noche.

—En su casa, supongo.

—Veremos.

La secretaria entró en el despacho y salió a los pocos momentos.

—¿Quién es usted? —preguntó, desconcertada—. Se ha puesto lívido...

Flower se echó a reír.

—Ya me esperaba algo por el estilo —contestó—. Hablaremos luego de la cita de esta noche.

Avanzó resuelto hacia la puerta, la abrió y dirigió una amplia sonrisa al hombre que se hallaba tras una enorme mesa de despacho.

—Gracias por acceder a recibirme, señor Gentle —dijo.

Entró y cerró a sus espaldas.
Luego hubo un momento de silencio.

CAPÍTULO IX

Las manos de Gentle se abrieron y cerraron espasmódicamente varias veces. Era un hombre de unos cincuenta años, elegantemente ataviado y con grandes entradas en la frente. Ahora, su rostro había perdido el color y parecía sentirse muy incómodo.

—Despache pronto, por favor, Flower —dijo—. Tengo mucho trabajo...

—Nunca le falta trabajo —contestó el joven irónicamente—. Sobre todo, cuando se trata de expulsar de la compañía a un agente emprendedor, con iniciativas y capaz de resolver los casos más intrincados. Como, por ejemplo, el robo de paquete de valores de la IRONMINERAL, valores que no aparecieron en mucho tiempo y que luego fueron malvendidos, aunque con un sustancioso provecho para los autores del robo.

—No tuve nada que ver con aquello...

—Pasemos la esponja mojada sobre el encerado —cortó Flowers—. Señor Gentle, ¿qué interés tenía usted en los diamantes de la señora Beltello?

—Estaban asegurados en la compañía y alguien los robó. Es decir, ella dijo primeramente que se los habían robado. Luego resultó que los había dejado en otro sitio...

—Pero mientras tanto, usted le había asegurado que podía rescatarlos por doscientos mil dólares.

Incómodo, Gentle se agitó en su sillón.

—Era... era un tanteo...

—Es usted un tipo repugnante —le apostrofó el joven—. Sabía que esos diamantes iban a ser robados y pensaba estafar a su dueña doscientos mil dólares, pero eso no es algo que usted hiciera por su propia iniciativa. ¿Quién se lo ordenó?

—¿Cómo puede asegurar que yo...?

—El ladrón de los diamantes fue asesinado y no precisamente para robárselos, puesto que ya no los tenía en su poder.

—¡No sé nada, no sé nada! —gritó Gentle, perdido por completo el control de sus nervios—. Váyase inmediata mente...

Implacable, Flower se inclinó hacia adelante.

—¿Tiene algo que ver con Lutgard Moorley? —preguntó.

El rostro de Gentle se volvió del color de la ceniza. Flower creyó que le iba a dar un síncope.

—No, no me conteste —añadió, sonriendo—. Basta verle la cara para saber que la respuesta es afirmativa. Bien, ya tendrá noticias mías en mejor ocasión. El joven se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir, se volvió hacia el otro.

—Una vez usted me jugó una mala pasada y me hizo aparecer como culpable de algo que no había hecho. Usted obtuvo un gran beneficio de aquella operación, en tanto que yo estuve a punto de ir a la cárcel. Fue algo hecho intencionadamente, con absoluta malevolencia, y no se lo perdonaré jamás, téngalo presente. Cuando me despedí de la compañía, dije que algún día me tomaría ese desquite. Ese día está más próximo de lo que usted se piensa.

Flower abrió la puerta y pasó al antedespacho. La secretaria le miró inquisitivamente. —Me parece que tendremos que posponer la cita— dijo el joven, con fingida tristeza. —Otro día será— contestó ella, resignada.

—Si, otro día, encanto.

Flower salió a la calle.

Las cosas marchaban mejor de lo previsto, pero en el relativamente claro horizonte que se abría ante él, había una nube de color negro.

Aquella nube tenía un nombre: Adela Ryles.

* * *

—La chica me dijo el otro día que vendes los relojes al peso —sonrió Flower, mientras aceptaba el cigarrillo que le ofrecía el dueño de la tienda.

—¿Qué chica? —preguntó Hall.

—Petra Marsh. La ahijada de Verna Hockmire.

Hall dio una profunda bocanada a su cigarro.

—Kenny, ¿te gustaría saber quién es esa chica, en realidad?

—No me importaría en absoluto. Sharko.

Hall hizo un gesto con la mano.

—Vamos a mi despacho —propuso—. Tomaremos unas copas. Pero aguarda un momento; voy a colgar el cartelito de CERRADO para que no nos molesten durante un buen rato.

Flower no mostró impaciencia y aguardó a que su amigo estuviese dispuesto. Claramente se daba cuenta de que Hall actuaba con deliberada parsimonia, como si con ello quisiera aumentar el interés de su relato y la expectación de su auditorio, reducido a una sola persona. Al cabo de un buen rato, Hall empezó a hablar.

El joven escuchó en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez. Cuando Hall hubo terminado, permaneció callado, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

—Está bien —dijo al cabo.

—¿Cómo que «está bien»? —Gruñó Hall—. ¿Es eso todo lo que sabes decirme? —¿Qué más quieres que te diga? Es una noticia terriblemente interesante y lo que me preocupa ahora es la forma en que he de comunicárselo a las partes interesadas.

—Eso ya es cuenta tuya. Kenny. Pero creí que ibas a sentirte más sorprendido... —Pues mira, algo de eso ya me esperaba, porque he podido darme cuenta del parecido fisonómico que hay entre las dos mujeres.

—Ah, se parecen.

—No mucho, aunque si uno se fija con detenimiento, sí, se observa lo que podríamos llamar una semejanza de familia.

—Las dos hermanas eran casi como dos gotas de agua, a pesar de que había cinco años de diferencia entre las dos.

—¿Las conociste tú?

—Sí, llegué a conocerlas, sobre todo a Enna, la mayor. Enna sí que era una auténtica belleza. Fanny era preciosa, pero la otra le superaba... por varios largos.

Flower se echó a reír al escuchar aquella comparación hípica.

—Tuvo que ser una belleza, en efecto, sobre todo si consideramos que la chica es su heredera biológica. Pero dejemos esto ahora, Sharko. Necesito dos hombres de confianza, a mil dólares cada uno, para un trabajito que hemos de realizar mañana

sin falta.

—¿Qué clase de trabajo?

—Una incursión en casa ajena.

—¿Hay algún cofre fuerte que abrir?

—Sólo un par de puertas, pero una de ellas es de hierro. Puede que tenga una herradura especial. Ah, también necesitaré una furgoneta comercial.

—¿Qué piensas llevar?

—Una caja que pesará a lo sumo ochenta o cien kilos, de un par de metros de larga... algo así como un ataúd.

Hall miró al joven de reojo.

—Adivino lo que has encontrado, cosa que yo no he conseguido a pesar de mis esfuerzos. ¿Qué harás con el fiambre?

—Ahora mismo lo sabrás.

Flower levantó el teléfono y marcó un número que había consultado en la pequeña agenda que siempre llevaba consigo. Segundos después, dijo:

—¿Doctor McLaren? ¿Eres tú, Ovid? Escucha, te habla tu viejo amigo Kenny Flower. Necesito tus servicios médicos para mañana. ¿Ahora mismo, si quiero? No, lo siento, pero el paciente no está aún preparado... No, no tengo que avisarle... No me oiría, Ovid. Te lo digo a ti porque sé que estuviste una temporada ejerciendo como forense... Sí, sí, ya sé que lo dejaste, pero los conocimientos adquiridos no se olvidan jamás. Mañana por la noche... No lo sé, no puedo precisar aún la hora, pero no atiendas a ninguna urgencia. Podemos llegar a tu casa en cualquier momento a partir de las dos de la madrugada... Gracias, y no te preocupes por la cifra de tus honorarios; hay quien pagará lo que sea sin rechistar.

Flower colgó el teléfono. Hall le contemplaba admirado.

—No sabía que tuvieses amigos entre los forenses —dijo.

—Amigos, hasta en el infierno —sonrió el joven—. McLaren era un prometedor patólogo, pero se casó con una acaudalada viuda y ésta le hizo montar una clínica de lujo, cosa que, en el fondo, él siempre había deseado. Pero es un médico excelente y lo que es mejor, tiene manos de hada.

Hall hizo una mueca.

—Las hadas no «rajan» las tripas de las personas —comentó.

Flower se echó a reír. Dio una palmada en el hombro de su

amigo y se encaminó hacia la calle.

Anduvo una veintena de pasos en el exterior. De pronto, una mujer que estaba apoyada en la pared, levantó la mano derecha, en la que sostenía un cigarrillo.

—¿Fuego, buen mozo?

Flower sonrió.

Era una rubia estrepitosa, de senos voluminosos y anchas caderas, vestida con un chaquetón de pieles que le llegaba apenas a las caderas y una falda tan corta que permitía ver las presillas del portaligas. Las medias eran negras, lo mismo que las botas blandas, de tacón alto y media caña.

Sacó el encendedor. Ella aspiró el humo y le arrojó una bocanada a la cara.

—Tengo un apartamento a cien pasos —dijo—. Soy muy mimosa y puedo hacer que pases un rato realmente agradable. Y no soy exigente.

—Encantado —accedió el joven—. ¿Cómo te llamas?

—Susan Mary, pero puedes llamarme Susie a secas.

Flower agarró el brazo de la rubia.

—Yo soy Kenny —se presentó, a la vez que echaba a andar.

* * *

La mujer se quitó el chaquetón de pieles, que lanzó descuidadamente sobre un sillón. Levantó las manos un poco y se retocó el pelo. Luego dirigió a su invitado una cálida sonrisa.

—Te apetece un trago, supongo.

—Claro, nena.

Ella manipuló unos momentos con las botellas que tenía sobre una consola. Fue a la cocina, trajo hielo y puso unos cubitos en el vaso de Flower.

—A mí me gusta más puro —dijo.

—Mucha gente lo toma así, Susie.

Flower se acercó el vaso a los labios. Ella le miraba por encima del suyo, sonriendo de una forma especial.

Repentinamente, Flower le lanzó el contenido del vaso a los ojos. La rubia lanzó un agudo chillido de protesta.

Aprovechándose de su desconcierto, Flower saltó sobre ella, la

hizo girar en redondo y luego, aplicándole una zancadilla, la derribó de bruces al suelo. Inmediatamente puso un pie sobre su espalda, entre los hombros, y, agachándose, rasgó la blusa por detrás.

Hizo un par de tiras y amarró sólidamente las manos de la mujer. Luego la hizo volverse boca arriba.

Ella le tiró un par de furiosas patadas, que el joven esquivó fácilmente. Flower arrancó los cordones de una cortina y, pese a su resistencia, le ató las piernas por las rodillas y los tobillos.

La mujer estaba aún medio cegada, debido al alcohol que había llegado a sus ojos, pero salían sapos y culebras por su boca. Indiferente a los dictérios con que ella le apostrofaba, Flower volvió a inclinarse y le quitó primero la espectacular peluca, dejando al descubierto una cabellera muy bien recogida, de pelo lacio, aunque brillante.

Luego rasgó la blusa por delante y quitó el relleno de los pechos, finalizando su labor con unos montones de guata que extrajo de las caderas.

Ella le dirigió una mirada en la que latía un odio infinito.

—¿Cómo diablos lo has sabido? —preguntó.

—Tenías que haber calculado un poco mejor, Adela Ryles —explicó el joven—. En primer lugar, tus facciones no se corresponden con el pecho, ampuloso y las grandes caderas que ofrecías con tu disfraz. Debieras haberte puesto un poco de relleno en las mejillas, por dentro, entre la carne y las encías. Y, para tu aspecto, te faltaba un poco de papada, cosa que tú no tienes.

—Tipo listo. ¿Qué más?

—Cuando te agarré del brazo, noté carne firme, pero poca, tú me entiendes. Lo que suele haber en un brazo delgado, vamos.

—¿Sólo eso?

—Sí. Rocé un poco tu seno izquierdo. Se notaba el artificio.

—¿Eres experto en pechos de mujer?

—Un poco —rió él—. Además, había cianuro en el *whisky*.

—No despedía olor —alegó ella.

—Sí, estaba casi totalmente enmascarado por el *whisky* y el frío del hielo, que atenúa la emisión de partículas olorosas. Pero una vez que supe que no eras Susan Mary, sino Adela Ryles, puse mucha mayor atención en evitar una trampa mortal.

—La dosis no era fatal instantáneamente.

—¿De veras?

—Quería ver cómo morías, agonizando como un perro rabioso...

—Lo siento, guapa, pero no podía concederte ese placer. Ya me imagino que te duele la muerte de tu *partenaire*, pero eso era algo que se tenía bien merecido. Gran cantidad de gente habrá celebrado la desaparición de Jack, por mucho que lo lamente tú.

—De acuerdo. ¿Qué piensas hacer ahora?

Flower se fijó en aquel momento en el bolso que había encima del chaquetón de pieles.

Era de cuero blando, bastante grande, con una correa para colgarlo del hombro.

Adela captó la dirección de su mirada y lanzó un grito de furor.

—¡No! ¡Deja eso, maldito hijo de perra...!

Flower se echó a reír. Abrió el bolso y divisó en su interior una pistola con silenciador.

—Deberías haberme matado en la calle y nadie se habría dado cuenta —dijo—. Pero tienes instintos sanguinarios; eres, como Jack, una psicópata, y querías regodearte con mi muerte. Eso te ha perdido, Adela.

—Kenny, no sé cómo lo haré, pero aunque me encierren, un día me escaparé e iré a buscarte, aunque estés en la otra parte del mundo...

—No hagas promesas que tú sabes no podrás cumplir. Cuando te encierren, será para siempre, tenlo por seguro.

De pronto, Flower lanzó una exclamación.

—¿Qué es esto?

La pistola seguía en el bolso, ya que no había querido tocarla, para no dejar sus huellas dactilares. Pero sí se apoderó de una pequeña libreta de tapas negras, que enseñó a Adela de inmediato.

—¡Deja eso, maldito seas! —vociferó ella en un infinito paroxismo de furor—. Déjalo, te digo...

Flower no le hizo caso y paseó su vista por los renglones escritos en las hojas de la agenda. Cuando terminó su primer repaso, se estremeció.

—Si te hubieran lanzado a ti y a tu marido sobre Hiroshima, nos habríamos ahorrado los miles de millones que costó la primera bomba atómica —dijo, mientras se guardaba la libreta en el bolsillo

—. Erais la peste negra, las diez plagas bíblicas, los cuatro jinetes del Apocalipsis... Pero eso, por fortuna, se ha terminado ya.

Adela se sintió repentinamente desmoralizada y se echó a llorar. Flower se encaminó hacia la puerta.

—La policía vendrá muy pronto —anunció—. Adela, tenías alma de burócrata; por eso anotabas escrupulosamente los nombres de tus víctimas, los de las personas que os contrataban y el dinero que os proporcionaba un oficio que ya no podrás seguir ejerciendo.

Aunque...

Flower se interrumpió un momento y sonrió.

—Dicen que en la cárcel de mujeres hay una granja donde se crían aves de corral. Seguramente te enviarán al matadero de pollos, para que puedas seguir satisfaciendo tu sed de sangre.

Ya no dijo más. Abrió la puerta, cruzó el umbral y cerró cuidadosamente tras de sí. El apartamento, pensó, habría sido alquilado momentáneamente para la ocasión. Pero la policía ya averiguaría dónde vivía Adela realmente.

Encontraría muchas más pruebas que la enviarían a presidio para el resto de sus días.

CAPÍTULO X

Abrió la puerta cautelosamente y asomó la cabeza. Llena de asombro, Petra vio al dueño de la casa, agazapado tras la ventana y casi oculto por las cortinas, con unos prismáticos en la mano.

—¿Qué haces, Kenny? —inquirió.

—Entra —dijo él sin volverse—. Pero no te muevas de las inmediaciones de la puerta.

—¿Pasa algo?

De repente, Flower se echó a un lado.

Algo penetró en la estancia con terrible fuerza y se clavó en el suelo. Petra lanzó un grito de susto.

—¡Kenny! ¿Qué ha sido eso?

—Un proyectil calibre treinta, disparado con un rifle provisto de mira telescópica y silenciador.

—¡Dios mío! ¡Quieren matarte! —Se espantó la muchacha.

—Noticia fresca —respondió él jovialmente—. Pero el tipo del rifle es muy obstinado y no se moverá de su sitio, hasta que haya conseguido sus propósitos.

—Deberías avisar a la policía...

—No puedo.

Flower señaló el teléfono, destrozado por un balazo.

—Me tiene sitiado —añadió—. Está en el edificio que hay al otro lado, en la azotea, a cuarenta metros de altura, y domina perfectamente todos los alrededores de la casa.

—A mí no me ha hecho nada...

—Le intereso yo, no mis visitantes.

Bruscamente, Flower se volvió hacia la muchacha.

—Con un ligero esfuerzo... —murmuró.

—¿Qué pretendes? ¿Por qué me miras así?

—Lo siento, preciosa, pero tendrás que dejarme tu blusa, tu falda y el paraguas.

—¿Pretendes que me quite la ropa? —se alarmó Petra.

—No sería la primera vez —dijo él de buen humor—. Anda, ve a mi dormitorio y avísame cuando estés lista. Ya sabes dónde está la bata; no es la primera vez que la usas.

La muchacha sonrió.

—Creo que entiendo. Pero soy más delgada que tú...

—Será sólo por unos momentos. Además, no tendré que agacharme ni... Bueno, el caso es que se lo crea, sobre todo si pensamos que el paraguas me tapará la cabeza de sobra. Verá solamente el torso y la parte inferior del cuerpo... y también le dejaré algo para que se entretenga.

—Muy bien, como quieras.

Flower tardó todavía media hora en tener todo listo. En aquel intervalo de tiempo, el emboscado le disparó dos veces más.

Eran, se dijo, unas advertencias acerca de la suerte que le esperaba, porque el tirador sabía, sin duda, que no iba a recurrir a la policía.

Petra quedó con un monigote hecho con almohadas y la ropa del joven, sujeta a un palo que le permitiría manejarlo sin riesgo alguno. Una vez disfrazado, Flower se dispuso a salir.

—No te arriesgues, preciosa —aconsejó.

—Descuida. Eres tú quien debe tener precaución...

Flower sonrió. Lloviznaba ligeramente y el paraguas era un elemento útil en aquellas circunstancias. Con la cabeza gacha, salió de la casa y se dirigió rápidamente hacia la acera, pero tomando una ruta oblicua, que le alejó en pocos momentos de aquel lugar.

Diez minutos más tarde, abrió la puerta que daba a la terraza.

El tirador estaba sentado sobre un taburete plegable, envuelto en un impermeable.

Tenía al lado un termo con café y estaba comiendo un bocadillo.

El rifle estaba al lado, apoyado en el parapeto.

Pisando de puntillas, Flower se acercó al sujeto, que no se había percatado de su presencia. De pronto, con gesto brusco, se apoderó del rifle.

La sorpresa del asesino fue enorme. Se levantó de un salto, giró en redondo y, con enorme rapidez, alargó las dos manos, asiendo el

rifle por el cañón.

Flower sonrió. El asesino lo reconoció y sufrió un terrible sobresalto.

Pero el tiro salió en aquel momento.

El cuerpo del sujeto fue sacudido por una horrible convulsión. El disparo no hizo ruido apenas.

—Deberías haber sido un poco más listo, chico —dijo Flower.

Al tirar hacia sí del arma, el asesino había provocado él mismo la acción del gatillo, en torno al cual estaba el índice de Flower. Con la sorpresa en los ojos, el asesino cayó de espaldas y se quedó quieto.

Flower dejó el arma en el suelo, a su lado. Había llevado guantes, por lo que no temía dejar huellas.

Inclinándose sobre el caído, le registró cuidadosamente. Cinco mil dólares pasaron a su poder en el acto. También encontró una agenda, con varios números de teléfono. Uno de ellos le resultaba especialmente conocido.

Sigilosamente, tal como había llegado, abandonó la azotea.

* * *

Petra le vio llegar y lanzó un gran suspiro de alivio. —No te ha ocurrido nada— dijo. —Tengo el pellejo intacto. El tirador no puede decir lo mismo— contestó él.

—¿Qué le ha pasado?

Flower le enseñó el dinero.

—Le pagaron cinco mil dólares por mi vida —respondió—. ¿Quieres preparar café, mientras me cambio de ropa?

—Sí, desde luego...

Petra echó a correr hacia la cocina, pero antes de llegar a la puerta se volvió.

—Kenny, aún no me has dicho qué le ha pasado al tirador.

—Ya no volverán a contratarlo más —dijo Flower.

Ella sintió un escalofrío, porque adivinaba claramente el sentido de la respuesta. Sin embargo, no se atrevió a hacer más preguntas por el momento. Ya llegaría la hora de las explicaciones, se dijo.

El joven estuvo dispuesto en pocos momentos. Tomó una taza de café y la miró sonriendo.

—Tengo noticias para llenar un vagón de ferrocarril, si decidiéramos hacerlo con el papel en que podrían ser escritas. Pero antes de que lo sepas todo, quiero que me digas si te interesaría ir esta noche de excursión.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—Al lugar donde está el cuerpo de Andy.

—¡Lo has averiguado!

—Sí.

—Llamaré a Verna...

—El teléfono está destrozado. Yo mismo tengo que hacer un par de llamadas y he de salir a la calle. Además, no quiero que ella sepa nada, hasta que tenga todos los detalles del caso.

—¿Lo crees conveniente?

—Absolutamente, Petra.

—Muy bien. Pero, al menos, ¿no puedes decirme dónde está el cuerpo del pobre Andy?

—Lo sabrás a la noche, pero voy a hacerte una advertencia: vas a pasar un mal rato.

—Procuraré ser fuerte, Kenny —prometió la muchacha.

—Sí, tendrás que serlo, porque lo que va a suceder no tendrá nada de agradable.

Agarró el brazo de Petra y la empujó hacia la salida. De pronto, ella lanzó un grito:

—¡Kenny!

—¿Qué te pasa? —se alarmó él.

Petra señaló la bata que aún llevaba puesta.

—Tengo que vestirme...

Flower se echó a reír.

—Si Verna llega a verte con ese aspecto, se habría puesto muy furiosa —comentó.

—Si, sobre todo pensando dónde me quito y me pongo la ropa —contestó ella maliciosamente.

—Por desgracia, no ha ocurrido nada.

—¿Cómo por desgracia...?

Flower le dio una palmada al final de la espalda.

—Si hubiera ocurrido algo, yo habría sido un hombre muy afortunado —explicó. Petra se sonrojó, pero no dijo nada. Minutos después, salían de la casa.

Flower detuvo el coche junto a una cabina telefónica y saltó al suelo.

—Aguarda aquí —dijo a su acompañante.

El joven entró en la cabina y sacó la agenda encontrada en las ropas del asesino. Marcó un número y aguardó unos instantes.

A los pocos segundos oyó una voz:

—¿Sí?

—El asunto está liquidado —dijo Flower.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

—Bien, eso es todo. Muchas gracias.

—A usted, señor Gentle.

—¡Escuche, le dije que no pronunciara nombres...! —gritó el otro furiosamente.

—Lo siento, señor Gentle. Perdón, señor Gentle.

Flower colgó el teléfono, imaginándose la cara que debía de haber puesto el alto ejecutivo de la compañía de seguros. El teléfono era una línea privada, cuyo número no figuraba en la guía, y él lo conocía de los tiempos que había trabajado para Gentle.

—Está metido en este pozo de fango hasta el cuello —masculló, mientras marcaba un segundo número.

La voz de la señora Beltello sonó ansiosamente poco después.

—¡Señor Flower! Estoy llamándole continuamente y usted no contesta. ¿Qué le sucede? Hable, por favor...

—Lo siento, señora; me han destrozado el teléfono de un balazo.

—¡Dios mío! ¿Es eso verdad?

—Tan cierto como que usted y yo estamos hablando, pero no nos vemos. Además, he estado muy ocupado y... ¿Hay noticias del chantajista?

—Sí. Me exige el dinero y me ha dado ya sólo cuarenta y ocho horas de plazo... No sé qué decirle; además, por otra parte, ¿qué puedo tener yo en mi pasado, excepto aquellas fotografías que ya fueron destruidas? A menos que se guardase algunas copias...

—No se preocupe, señora. Ha dicho cuarenta y ocho horas, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Muy bien. Acepte su petición, pero exíjale una cosa: deberá recoger el dinero en el lado noroeste del jardín de su residencia. He visto allí un hermoso cedro y puede indicarle que dejará allí el dinero, a cambio de lo que tiene que entregarle.

—¿Aceptará? —dudó ella.

—Si se niega, envíelo al diablo, con perdón.

—Usaré esas mismas palabras, se lo aseguro.

—Pero un millón de dólares es un cebo demasiado apetitoso y el tipo irá a buscarlo, aunque estoy seguro de que dejará algún paquete con papeles sin valor o algo por el estilo. Recuerde: al pie del cedro del lado noroeste.

—Muy bien. ¿Nada más?

—Manténgase firme y no ceda por nada, aunque el tipo le amenace con los peores males del mundo. O va a buscar el dinero al pie del cedro o puede hacer lo que guste con el secreto que tiene sobre usted.

—De acuerdo, así se lo diré, se lo prometo. Después, si todo sale bien, como espero...

—No habrá fallos, señora. Otra cosa; pasado mañana, a las ocho y media de la noche, usted invitará a cenar a varias personas, cuyos nombres voy a darle ahora mismo.

—¿Cómo?

—Haga lo que le digo, por favor.

—Muy bien —accedió la señora Beltello—. Dígame los nombres.

Flower los mencionó rápidamente. A pesar de todo, Francesca se sentía llena de dudas.

—¿Aceptarán la invitación?

—Princesa, su posición y su *status* actual son un aliciente irresistible para algunas de las personas que le he mencionado. Además, dos de ellas, por lo menos, conocen su pasado y querrán comprobar de «visu» cuál es su presente. Tengo la seguridad de que no han pisado los suelos de su casa en ninguna ocasión, ¿no es así?

—Cierto, jamás han estado aquí —admitió ella.

—Entonces, el estímulo será doble y acudirán encantados a la invitación... sobre todo si usted deja entrever que asistirán numerosos invitados y personalidades de relieve. Por eso mismo no sospecharán la trampa en que van a caer.

—Espero que no haya demasiados problemas.

—Se terminarán después de la velada —aseguró Flower tajantemente.

Colgó el teléfono y regresó al coche.

—Has tardado mucho —le reprochó Petra.

—Eran unas conversaciones muy interesantes —se disculpó él.

—Seguramente, no puedes decirme con quién has hablado.

—Ten paciencia, ya lo sabrás todo en su momento. Y ahora, ¿qué tal si nos fuésemos a almorzar y luego a ver una buena película?

Petra se escandalizó.

—Con todo lo que ocurre, ¿cómo puedes ser capaz de portarte de un modo tan... tan frívolo?

—Encanto, lo que haya de ocurrir, ocurrirá lo mismo si comemos que si nos quedamos en ayunas, y lo mismo si nos sentamos en un banco del parque, dejándonos mojar por la lluvia, que si nos vamos al cine. Porque no va a suceder nada hasta pasada la una de la madrugada, ¿comprendes?

—¿Y después?

—Después vendrá la parte más desagradable del caso.

—Te refieres al cuerpo de Andy.

—Si, justamente.

Petra se estremeció.

—Yo le quería, a pesar de todo. Como un hermano, naturalmente; pero él se desvió... Nunca olvidaré cómo correteábamos por el jardín cuando éramos pequeños. Cuando crecimos, Andy me protegía de los chicos brutos y salvajes de la vecindad.

Flower dio unas palmaditas en la rodilla de la muchacha.

—Eres dulce de aspecto, pero fuerte por dentro. Lo resistirás, estoy seguro de ello.

Petra suspiró hondamente.

—Sí, lo resistiré —concordó.

CAPÍTULO XI

Los dos hombres entraron la caja larga de madera en la estancia, donde brillaban los metales niquelados y resplandecían las paredes blancas, depositándola sobre una mesa con ruedas, situada debajo de una potente lámpara de quirófano. El doctor McLaren emitió un gruñido de queja.

—Si mi esposa se enterase...

Flower le palmeó la espalda fuertemente.

—Ovid, no se lo diremos y así no tendrá motivo de queja —contestó.

Luego se acercó a los dos sujetos y sacó un grueso fajo de billetes.

—Ritt Clancy. Eddie Tower. Sharko no me engañó al mencionar vuestras habilidades —dijo jovialmente—. He quedado muy satisfecho de la ayuda que me habéis prestado y por ello añadiré una gratificación extra de doscientos cincuenta dólares a cada uno.

—Si esto se hiciera a diario... —rió Tower, el especialista en abrir puertas.

Clancy había alquilado la furgoneta, colocándole luego en los costados rótulos con letras adhesivas, de modo que pareciera pertenecía a una compañía dedicada al transporte de pequeñas mercancías. Flower les entregó la prima prometida, más la gratificación y añadió el dinero necesario para pagar el alquiler del vehículo en el que habían traído la caja que contenía el cadáver de Andy Hockmire.

Clancy y Tower se marcharon inmediatamente. Entonces, Flower se volvió hacia su amigo.

—Ovid, es hora de que te presente a la señorita Marsh —dijo—. Petra, el doctor McLaren, un buen amigo y reputado matasanos,

especialista en enfermedades tropicales.

—Soy ginecólogo —protestó McLaren indignadamente.

—Ella no necesita ahora de tus servicios —rió el joven.

McLaren tomó la mano de Petra.

—Muchacha, no haga jamás caso a este hombre, que desconoce el significado de la palabra verdad. Cuando él le diga algo, haga exactamente lo contrario y así acertará.

—Lo tendré en cuenta, doctor —sonrió la muchacha.

—Entonces, le diré que no quiero casarme con ella y me dirá que sí —exclamó Flower—. Eres incorregible —sonrió el galeno—. Bueno, Kenny, empieza a hablar. ¿Qué quieres de mí?

El joven se acercó a la caja.

—Hay un cadáver en su interior. Hasta hace una hora, se hallaba en un frigorífico privado —manifestó.

McLaren entornó los ojos.

—Estamos haciendo algo que quebranta la ley —objetó.

—Otros lo han hecho antes que nosotros. Por otra parte, nadie sabrá nada, te lo aseguro. Sabes que no haría una cosa así si supiera que te iba a comprometer lo más mínimo. Cuando hayamos terminado, nos llevaremos el cadáver, ¿comprendes?

El médico consultó su reloj de pulsera.

—Son más de las dos. Puedo tardar varias horas...

—Creo que despacharás antes, Ovid.

—Muy bien, vamos a ver. Pero antes...

McLaren se había puesto ya una bata blanca, con el casquete y la mascarilla antiséptica, que todavía tenía, bajada. Buscó otras dos máscaras y se las entregó a los visitantes. A continuación, Flower se acercó a la caja y, con la ayuda de una palanqueta que había llevado, levantó la tapa.

Petra volvió la cabeza a un lado. Temblando, más de excitación que de miedo, se resistía a ver el cadáver del hombre que había sido como un hermano para ella y que ahora yacía en la inmovilidad del sueño eterno.

McLaren se asomó a la caja.

—¡Está desnudo! —exclamó.

—Me lo figuraba —dijo Flower.

—¿Lo sabías? —preguntó Petra, todavía vuelta de espaldas.

—Era una posibilidad y he acertado. Luego te explicaré, no te

preocupes. Ovid, tenemos que sacar el cadáver de la caja. Luego tendrás que cortar.

—Antes será preciso calentar un poco la carne. —McLaren presionó sobre el pecho del cadáver con las yemas de cinco dedos —. Empieza a descongelarse, pero todavía está muy duro.

—¿Una hora, Ovid?

—Quizá algo más, Kenny.

—No tenemos prisa —aseguró el joven—. ¿Tienes por ahí el elixir del optimismo? —Esté en el frasco etiquetado VENENO y con la calavera y las dos tibias cruzadas— indicó el galeno, mientras se disponía a preparar los aparatos de calefacción, a fin de descongelar el cadáver con la mayor rapidez posible.

—Gracias. Petra, ven conmigo; necesitas un poco de ese elixir.

—¿Es alguna fórmula del doctor? —preguntó la muchacha ingenuamente.

—Ovid es muy generoso y no ha querido patentarla —respondió él.

El frasco indicado era bastante grande. Petra miró la etiqueta con notoria aprensión. Flower buscó dos vasos, puso algo de líquido en ellos y entregó uno a la muchacha.

—Bebe sin miedo —dijo.

Ella tomó un sorbo.

—Es coñac —exclamó.

—Elixir del optimismo, en dosis medidas. En mayor cantidad, veneno mortal —sonrió Flower.

—Me gustaría tener tu buen ánimo, pero no puedo, con el cuerpo del pobre Andy ahí...

La mano del joven se posó en el brazo de Petra.

—Valor, muchacha. Es preciso ser fuerte y tú no eres una mujer débil precisamente. Lo que pasó, ya no se puede evitar; pero sí podremos castigar a los que lo hicieron.

—¿Tú crees?

—Puedes tener la seguridad de ello —afirmó Flower rotundamente.

Petra volvió a tomar otro sorbo. Los colores retornaron parcialmente a su mejilla.

—Kenny, dime, ¿qué es lo que ha de buscar el doctor?

—Andy compró una cámara fotográfica en miniatura. Tomó

fotografías, esto es evidente, pero los negativos resultaban demasiado grandes y quería esconderlos en algún lugar donde no pudieran ser encontrados. De este modo, calculo, podría evitar problemas para lo sucesivo, puesto que deseaba abandonar la poco grata compañía de Lutgard Moorley y sus muchachos.

—Pero no le dieron tiempo —dijo Petra.

—Alguien, sospecho, se anticipó a Moorley. Éste no es tan tonto como para ordenar la muerte de un enemigo, sin antes estar seguro de que no le sucederá nada. Moorley debió de enterarse demasiado tarde que Andy había tomado fotografías de documentos comprometedores.

—Y por eso ordenó robar el cadáver.

—Espera, aún no he terminado. La cámara miniatura no reduce suficientemente los negativos. Mis informes aseguran que fue a un lugar donde se hacen microfilmes especiales. Por ejemplo, la página de un libro puede quedar grabada en una superficie de un milímetro cuadrado.

—Comprendo. Y después...

—Después, escondió el resultado de sus operaciones sobre su propio cuerpo.

—¿Vas a decirme —se horrorizó la muchacha—, que Andy metió los microfilmes en un tubito de metal y se lo tragó?

—Muy posiblemente eso es lo que sucedió, pero ahora tendremos ocasión de confirmar mi hipótesis... o de saber si estoy equivocado. En el peor de los casos, tendremos el cuerpo de Andy, que, a fin de cuentas, es uno de los más ardientes deseos de su madre.

Petra asintió. Desfallecida por el horror de la situación, tuvo que buscar asiento en un taburete cercano. Apoyó un codo en una mesa cercana y puso una mano en su frente.

Flower respetó su silencio. Terminó el coñac de su vaso y se acercó a la mesa donde yacía el cadáver.

McLaren le llamó en aquel momento.

—Te necesito, Kenny.

—Sí, Ovid.

Entre los dos hombres sacaron el cadáver de la caja, que dejaron a un lado. Luego, el médico empezó a prepararlo todo, para examinar el cuerpo con los rayos X.

El cadáver estaba sometido a la acción de potentes chorros de aire caliente. Flower se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa.

—Nos vamos a asar —se quejó.

—Has pedido rapidez y eso es lo que tendrás —contestó el galeno.

Transcurrió media hora. McLaren, silencioso casi todo el tiempo, chasqueó los dedos. —Ya lo tengo— dijo.

—¿Si?

—Resultará sencillo. Incluso voy a empezar inmediatamente. Apenas había traspasado el píloro.

—¿Necesitas que te ayude?

—No, no será necesario, gracias.

—Ovid, habrás de permitirme que no mire —pidió el joven.

—Claro, hombre.

Petra se sentía terriblemente nerviosa. Hubiera querido no oír lo que se decía en aquel lugar, pero cierta morbosa atracción le hacía aguzar el oído para escuchar las palabras de los dos hombres.

Pasaron algunos minutos. De pronto, McLaren se separó del cadáver, fue a un lavabo y puso bajo el chorro de agua algo que sujetaba con unas pinzas. Luego desinfectó aquel objeto con alcohol y se lo entregó al joven.

—Ahí tienes lo que buscabas —dijo—. Perdona, pero tengo que suturar.

—Sí, claro.

Flower sostuvo en alto, con dos dedos, el tubito de metal, que no medía más de medio centímetro de grueso por dos de largo.

—Lutgard Moorley, aquí están las pruebas que te enviarán a presidio el resto de tus días —murmuró.

Petra se le acercó.

—¿Era eso lo que... Andy tenía... tenía...?

—Sí, se lo tragó cuando se vio en inminente peligro. Las ropas han desaparecido del ataúd, porque, seguramente, Moorley hizo que las examinaran hilo por hilo.

—Y no encontró nada. Pero, entonces, ¿por qué tenía el cadáver en su casa? Bueno, en un cobertizo...

—Es lo mismo, Petra; lo tenía él y basta. Sencillamente, había venido la madre de Andy para llevarse sus restos y como eso

sucedió relativamente pronto, decidió conservar el cuerpo durante algunos días, esperando que Verna abandonase la partida y se marchase sin lo que había venido a buscar.

—Luego, lo habría devuelto a la sepultura...

Flower consultó su reloj.

—Que es lo que vamos a hacer nosotros antes de que amanezca —dijo.

—Pero... el cadáver está ya fuera. No vale la pena enterrarlo por segunda vez...

—Petra, el doctor McLaren ha hecho ya más de lo que podíamos esperar y no debemos comprometerle. Yo no puedo tener en casa el cuerpo de Andy, por la sencilla razón de que murió hace un par de semanas y no dispongo del frigorífico adecuado. Clancy y Tower nos aguardan ya en un lugar seguro, donde tendremos a Andy hasta el momento de su traslado a Heckton Plains.

—Tendrás que llevarlo en el coche...

—No. La furgoneta sigue afuera. Clancy y su amigo se llevaron mi coche y nos aguardan en el lugar convenido de antemano, a fin de evitar sorpresas desagradables.

—Kenny, ya he terminado —exclamó McLaren de pronto.

Flower sonrió, mientras acariciaba la mejilla de la muchacha.

—No te aflijas más —aconsejó.

El cadáver volvió a la caja, cuya tapa clavó el joven. Luego, los dos hombres la llevaron a la furgoneta estacionada ante la puerta.

Al terminar la carga. Flower se volvió hacia su amigo y estrechó su mano fuertemente.

—Deseo que no te veas jamás en un conflicto serio, pero si por desgracia llegase a suceder, llámame. No necesitas dinero y eso es lo único que yo podría darte como pago por lo que has hecho esta noche.

McLaren sonrió.

—Me basta con haber ayudado a esta muchacha tan encantadora —contestó.

Petra estrechó la mano del médico.

—Estaré eternamente agradecida, doctor —dijo—. Comparta su gratitud con ese pillo, señorita —repuso McLaren.

Petra se sonrojó ligeramente. Luego se volvió hacia el joven.

—Sí, vamos —dijo Flower.

CAPÍTULO XII

Desde su escondite, en lo más oscuro del jardín que rodeaba la mansión donde vivía la señora Beltello, Flower presenció la llegada de Verna y la muchacha, en el coche de la primera. El mayordomo salió a recibirlas y las dos mujeres desaparecieron en el interior de la casa.

EL chófer llevó el coche a la parte posterior. Momentos más tarde, llegaron, sucesivamente, dos hombres, cada uno en su automóvil.

Mortimer Gentle llegó solo. Lutgard Moorley vino acompañado de dos guardaespaldas. El mayordomo le hizo ver la inconveniencia de semejante compañía. Moorley emitió un bufido de protesta.

—Lo siento, señor; son órdenes que he recibido. De lo contrario, lamentaré tener que impedirle la entrada —dijo el mayordomo con cortés firmeza.

—Está bien, largaos —rezongó Moorley—. A fin de cuentas, puedo protegerme en una casa donde sólo hay un hombre y el resto son mujeres.

El coche de Moorley desapareció del jardín. En la oscuridad, Flower consultó la esfera luminosa de su reloj.

La cena daría comienzo pocos minutos más tarde. Francesca tenía instrucciones precisas de entretener a sus invitados el mayor tiempo posible. Flower, sin embargo, confiaba en aparecer antes de que se sirvieran el café y los licores.

Transcurrió casi una hora. De pronto, oyó un ruidito en las inmediaciones.

Flower tenía los ojos habituados a la oscuridad. No tardó mucho en ver una sombra que se deslizaba cautelosamente hacia el cedro.

El hombre llegó junto a la base del tronco y se agachó para

tantear el suelo. Flower, sentado en una rama, a tres metros escasos, se dejó caer sobre la hierba.

El intruso, sobresaltado, se irguió y giró en redondo, justo a tiempo para recibir en plena mandíbula el impacto de un puño, que le hizo perder el conocimiento antes de que tuviera tiempo de enterarse de lo que ocurría. Flower se inclinó sobre él, lo registró y encontró un revólver, que guardó en la pretina del pantalón.

También encontró un sobre, que guardó momentáneamente en su bolsillo. A continuación, encendió un fósforo.

—Reg Silver —murmuró—. No podías ser otro que tú, pese a tus protestas. Un millón de dólares era un cebo demasiado apetitoso para que consintieras en abandonar un barco que se hundía. Pero ¿cómo pudiste ser tan idiota que te creíste la fábula?

Sacó dos trozos de cuerda y ató rápida y diestramente al inconsciente sujeto. Luego le tapó la boca con una ancha tira adhesiva.

Inmediatamente, se dirigió hacia la casa. Bajo la marquesina que protegía la entrada, había un gran farol, a cuya luz leyó Flower el contenido del sobre.

Hizo un gesto de desdén y guardó de nuevo aquellos documentos.

—Nada nuevo —rezongó—. Estos papeles no valen ni la tinta en que están impresos. Después de veintitantos años, ¿a quién le importa ahora lo que sucedió entonces?

Resuelto, se pasó una mano por el pelo, tiró de los faldones de la chaqueta y llamó a la puerta.

* * *

Con claros gestos de impaciencia, Gentle miró su reloj de pulsera y luego fijó la vista en su anfitriona.

—Señora Beltello, si tenía algo importante que decirnos, hágalo cuanto antes. Tengo mi tiempo tasado y, aun admitiendo que la estancia aquí resulta sumamente agradable, debo cumplir con otros compromisos contraídos con anterioridad.

Francesca se sentía muy nerviosa. Flower no había aparecido aún y ya no sabía qué hacer para entretener a sus invitados.

Moorley, displicente, fumaba un largo cigarro.

—Yo no tengo ninguna prisa —manifestó—. Aquí se está muy bien...

—Mejor que en la tumba, ¿verdad? —dijo Verna ácidamente.

Moorley dirigió una fría mirada a la anciana.

—Sé lo que piensa, señora —contestó—. Sin embargo, puede tener la seguridad de que no maté a su hijo.

—Pero sí escondió el cadáver, porque buscaba algo que no pudo encontrar y que ahora está en mi poder —sonó de pronto la voz de Flower.

Francesca exhaló un largo suspiro de alivio. Petra, por su parte, se sintió mucho más optimista.

Verna miró al joven con interés.

—Espero que traiga buenas noticias —dijo.

—Aunque no son agradables, sí se pueden calificar de buenas —respondió Flower—. En cuanto a las afirmaciones del señor Moorley sobre la muerte de Andy, sólo pueden ser tomadas en sentido literal. El no mató a Andy, pero hizo que otros lo matasen; los esposos Ryles, concretamente.

La cara de Moorley se puso gris.

—No hay pruebas...

—De ese crimen, quizá no, aunque Adela Ryles está a buen recaudo y quizá sienta tentaciones de hablar. No porque sea una mujer de carácter débil, sino por rencor; no querrá pudrirse en la cárcel, mientras otros disfrutan en el exterior de la buena vida. Adela tiene muchos crímenes sobre su conciencia y deberá responder de ellos con una cadena perpetua. Se sentirá desechada, hablará y...

Flower, implacable, se volvió hacia Gentle.

—Para usted también habrá algo —continuó—. A fin de cuentas, usted y Moorley son socios en muchos negocios nada limpios y su nombre está repetido decenas de veces en ciertos documentos, menos guardados de lo que su dueño querría dar a entender.

—Mi caja fuerte es invulnerable —se mofó Moorley.

—No para Andy, quien conocía la combinación y usó una cámara fotográfica para registrar las páginas más comprometedoras de esos libros.

—Las fotografías se perdieron...

—Eso es lo que usted cree. No las encontró cuando hizo

desenterrar a Andy, y ahora piensa que están escondidas en algún sitio que nadie sabe ni sabrá jamás. Pero está equivocado; yo tengo esas fotografías y, en su momento, irán a parar a las manos del fiscal.

Moorley entornó los ojos.

—¿Cómo las consiguió? —quiso saber.

Flower se volvió hacia la muchacha.

—¿Le has contado a Verna lo que hicimos anoche?

—Lo sé todo, muchacho —contestó la anciana—. No te detengas por mí; después de lo que he pasado, puedo soportar impunemente cualquier cosa.

Verna estaba sentada en una silla, rígida, erecta, aunque con las manos apoyadas en el puño de su bastón. Sus ojos estaban clavados en el rostro del hampón y éste se sintió incómodo al tener que soportar la mirada de la madre del hombre cuya muerte había ordenado él personalmente.

—Andy hizo microfilmear los negativos, los introdujo en un tubo portamensajes y se lo tragó —declaró Flower calmamente—. Anoche extrajimos ese tubito de su cuerpo.

La mandíbula inferior de Moorley se aflojó repentinamente. Gentle sudaba a chorros.

El joven se volvió hacia su antiguo jefe.

—Usted quería hacer chantaje a la señora Beltello, basándose en una historia antigua que conocía muy bien: el origen de la señorita Marsh. Ambas, Francesca, o Fanny *la Princesa* y Petra, tienen un ligero parecido, porque, a fin de cuentas, pertenecen a la misma familia. Pero Fanny no es la madre de Petra, como usted había supuesto.

«Naturalmente, no es la primera vez que una chica de dieciséis años tiene un hijo, y ésa era la edad de Fanny cuando nació Petra. Pero su madre fue la hermana mayor, Enna. De modo que si pensaba que, revelando ese secreto, iba a conseguir un millón de dólares, perdió el tiempo lastimosamente. Enna por desgracia, murió hace años y a su hermana no le habría importado la revelación de ese secreto. Es más, creo que le habría encantado».

Petra saltó de su asiento.

—Ella... ¿era hermana de mi madre?

—Sí —confirmó el joven—. Y tengo los documentos que lo

prueban, aunque eso es algo que a estas alturas carece de importancia.

—Pero ¿por qué me abandonó mi madre a las pocas semanas de mi nacimiento? —inquirió la muchacha, terriblemente desconcertada.

—Lo hizo tu padre, por venganza. Se llamaba John Marsh y también murió, aunque mucho más tarde que Enna. Ella no quería abandonar su profesión de actriz y cantante, y Marsh, terriblemente celoso, le quitó a la niña. Era un hombre ruin, miserable... Lo siento, Petra, pero las cosas no son siempre como quisiéramos.

—Yo conocía la historia, aunque nunca pude encontrarte, hasta hace poco —declaró Fanny—. Cuando te vi en casa del señor Flower, me sentí muy aturdida y pensé que debía dejar pasar algún tiempo antes de confesarte la verdad. Luego se complicaron las cosas...

—Había un chantaje con unas fotografías que alguien consiguió, para evitar que pudieran ser publicadas. Por eso murió Sefton de un tiro en el corazón —dijo Flower.

—Esas fotografías se refieren a un pasaje de mi vida que deseo olvidar —manifestó la dueña de la casa.

—Y el que pedía un millón era el mismo que me despidió de la compañía, porque no quería que yo metiese las narices en sus turbios asuntos, alegando, para justificar mi despido, incompetencia y negligencia en las misiones que se me encomendaban. ¿No es cierto, señor Gentle?

El sujeto no sabía qué decir. Abría y cerraba la boca, como si le faltase el aire. Moorley, en cambio, se mantenía inalterable, fumando su cigarro como si todo aquello no tuviese la menor relación con él.

—Señor Gentle —prosiguió el joven—, usted cometió un grave error al contratar a un asesino profesional para que me quitase de en medio. Le dio su teléfono privado y yo me apoderé de su agenda de notas. ¿Recuerda la conversación que tuvimos, cuando usted se creía que era el tipo del rifle?

«Falló con Grunner, cuando le envió a robar los diamantes de la señora Beltello —continuó su implacable acusación—. Por eso recurrió, con la colaboración de su amigo Moorley, a los inapreciables servicios de los esposos Ryles. Grunner era hábil para

algunas cosas, pero un hombre débil y de poco carácter, que habría charlado por los codos, apenas se le hubiese apretado un poco las clavijas. Era un peligro y había que eliminarlo. Perdía el rescate de los diamantes, pero salvaba el pellejo, y entonces fue cuando se le ocurrió la idea del chantaje con el asunto del pasado de la señorita Marsh».

—Eso no me toca a mí para nada —dijo Moorley con displicencia—. Y en cuanto a las fotografías que tomó Andy, hay mucha gente comprometida y se echará tierra al asunto.

—Es posible, pero debe tener en cuenta también la agenda de los Ryles. Eran unos asesinos y sentían una irrefrenable afición a anotar el nombre de cada víctima, las cantidades percibidas y el nombre de la persona que les contrataba. Esa agenda también irá a parar a manos del fiscal.

Los dientes de Moorley aflojaron la presión y el cigarro cayó sobre su regazo. El sujeto lanzó una fuerte interjección.

—Modere su lenguaje, bribón —le apostrofó Verna—. Usted se merece ir a la cárcel para toda la vida y, aunque yo moriré antes, me sentiré satisfecha de saber que un canalla no pondrá ya jamás los pies en la calle.

—Así sucederá. Moorley —corroboró Flower—. Es posible que la gente de importancia pueda eludir la acción de la ley, pero a fin de cuentas, era usted el que organizaba todo el tinglado y pagará por lo que ha hecho. Las muertes que ordenó no serán perdonadas por el jurado que le juzgará en su día.

En aquel momento, Gentle pareció perder el control de sus nervios.

—¡Te lo dije, Lutgard! ¡Esto no podía salir bien! Te previne de lo que podía suceder... —lloriqueó, completamente desmoralizado.

—Calla, imbécil —gritó Moorley—. Mientras las cosas marcharon favorablemente, no se te ocurrió quejarte. Ganabas dinero a sacos y no ponías la menor objeción a lo que yo hacía.

—Pero yo no quiero ir a la cárcel.

—Descuida, no irás a la cárcel.

Súbitamente, Moorley sacó un pequeño revólver y disparó dos veces contra Gentle, quien se derrumbó de bruces sobre la mesa, fulminado por las balas que le habían atravesado el corazón.

Moorley se puso en pie.

—Nadie debe moverse —ordenó.

—Perdone un momento —rogó Verna—. Señor Moorley, le aconsejo que tire ese revólver y se entregue. Es lo mejor que puede hacer.

Sonó una risa burlona.

—¿Me lo va a impedir usted con ese bastoncito de guardarropía, vieja?

Verna no se inmutó. Tenía el bastón horizontal, por encima de la mesa, y sonrió de un modo especial.

—¿Quiere verlo?

—No sea estúpida —rezongó Moorley a la vez que emprendía la retirada hacia la puerta—. Sigán donde están y...

En aquel instante, se vio brotar una llamarada de la contera del bastón, a la vez que se escuchaba un fuerte estampido.

Moorley lanzó un agudo grito de dolor, soltó el arma y se derrumbó al suelo. Verna sonrió maliciosamente.

—Éste sí es un bastón-pistola auténtico —dijo, a la vez que guiñaba un ojo al joven. Flower, asombrado en un principio, reaccionó y corrió hacia Moorley, arrodillándose a su lado. Apartó el revólver y le examinó rápidamente.

—Tiene el brazo derecho atravesado y la bala ha penetrado en el costado, aunque ya sin demasiada fuerza —dijo—. Sobrevivirá, seguro.

—Y Andy habrá sido vengado —murmuró Verna, a la vez que cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla.

—Señora Beltello, siento lo ocurrido en su casa... —empezó a decir Flower, pero Fanny hizo un gesto con la mano.

—Yo diría que casi hay que celebrarlo —contestó. Se puso en pie—. Creo que debemos avisar a la policía —añadió.

—¿No teme el escándalo? —preguntó el joven.

Fanny miró a la muchacha y sonrió.

—Eso es algo que carece de importancia —repuso.

* * *

—Posiblemente, Petra no sabrá nunca quién fue su padre —dijo Fanny al día siguiente.

—Algún día se lo diré yo —contestó Flower.

—¿Cómo? ¿Sabe usted...?

—Hice averiguaciones. El verdadero nombre de Clay Sefton era John Marsh.

—Nunca fue buena persona —murmuró Fanny—. Algunas veces, las mujeres nos chiflamos por quienes no lo merecen. Pero luego quiso hacerme un favor...

—Sí, consiguió las fotografías para evitar que le hicieran chantaje. Fue una de las pocas buenas acciones de su nada ejemplar existencia, hemos de reconocerlo. Sin embargo, le costó la vida.

—¿Y los tipos que querían quitarle a usted el sobre, recurriendo incluso a la tortura?

—Ahora se les llamaría «disidentes» —sonrió el joven—. Sefton, es decir, Marsh, con Roger y Skolov, formaban un grupito que se había separado de la organización de Moorley.

—Lo mismo que Andy.

—No, Andy no tenía nada que ver con ellos, pero también era un disidente. Había cosas que Moorley no podía perdonar, usted me entiende.

—Sí —convino Fanny—. Todo ha pasado ya y Verna podrá llevar rosas a la tumba de su hijo. ¿Qué hará usted ahora, Kenny?

—Las acompañaré a Hockton Plains —contestó Flower.

—Tengo ganas de sostener una larga conversación con mi sobrina. Hemos estado separadas tanto tiempo... prácticamente, toda la vida. Ella se quedará a vivir con Verna y lo estimo lógico. ¿No lo cree usted así también?

—Eso es algo que discutiremos Petra y yo personalmente, señora.

Fanny sonrió.

—Sí, creo que es usted el hombre que Petra necesita —dijo.

Flower consultó el reloj.

—Me marchó. Ellas me están aguardando ya —declaró.

—Me gustaría ir con ustedes, pero... es mejor que me quede. Dígaselo así a Petra.

—Se lo diré, descuide.

—Y mándeme pronto una buena noticia. Kenny.

—¿Qué noticia, señora?

—La de su boda, naturalmente.

—Usted espera que yo me convierta en su sobrino —dijo el

joven riendo.

—Es lo que sucederá —afirmó Fanny, plenamente convencida de su vaticinio.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.